

GARRUCHA EN EL RECUERDO DE MUÑOZ BARBERÁN

MANUEL MUÑOZ CLARES
Archivero de Lorca

La primera vez que mi padre, Manuel Muñoz Barberán, comienza a escribir sobre sus vivencias en Garrucha, ya hacía más de 20 años que había abandonado aquella población, siendo apenas un adolescente y cargado con la sensación de escapar a un peligro cierto. Es tremenda la frase que solía repetir, cuando recordaba el final de sus años garrucheros, sobre la posibilidad de una muerte violenta que rondaba a mi abuela Bibiana. *"Tu madre está en la lista"*, le decían algunos amigos que intentaban hacerle comprender la urgencia de que la familia dejase el pueblo. Y no hubo mejor ocasión que utilizar el salvoconducto que el Frente Popular Antifascista les ofreció a poco de comenzar la Guerra Civil.

Como decía antes, mi padre volvió a Garrucha, dejando rastro escrito de su viaje, en enero de 1956, aunque ya antes se había aventurado a hacer cortas visitas. Tomó entonces un autobús en Murcia, que hacía las correspondientes paradas en los principales pueblos del recorrido, y fue anotando cuanto veía por la ventanilla: los almendros en flor contra las lejanías azules; los montes rojizos de Lorca, a la que describe como una gran ruina sobre la que se alza *"la dorada aparición de la torre Alfonsina"*; Huércal-Overa, con la posada que atendía un manco; Cuevas de Almanzora; y Vera, *"limpia y cuidada"*. Ahí se detenía el autobús y también se entretuvo el recuerdo del pintor recreando una escena grata: *"Por la fuentecilla de hierro de la plaza no pasa el tiempo... En este jardín vi una niña rubia hace veintitrés años. Ella miraba tras los hierros rojos de la cerca. Le sonreí porque las niñas que miran desde un jardín me han gustado siempre. Si tuviera dinero, compraría para mi hija un jardín con flores extrañas"*. Y al fondo, el destino de su viaje:

Ya todo esto es Garrucha. Sobre una estrecha faja de azul, la casita blanca que se tiñó de violeta con las lluvias; más palmeras. Campos de



1. Manuel Muñoz Barberán, pintor lorquino, cuya segunda patria siempre fue Garrucha, en su estudio de Sangonera La Seca en 1988. (Foto de Paco Salinas, extraída del *Catálogo Muñoz Barberán*, Murcia, 2006)

salar. Torres de humo que mienten industrias. Fábricas ruinosas. ¿Por qué esta puerta entre egipcia y romana en las ruinas de la desplatación?

El pueblecillo se alinea, pequeño, humilde. ¿Por qué, siempre, esa manía de que todos ven-gamos a las obras del puerto?

Hace veintitrés años: - ¿Son ustedes de las obras del puerto?

Hace unos meses: - ¿Viene a trabajar al puerto?

Hoy, en Vera: - ¿Va a la obra del puerto?

El puerto, sueño de una Garrucha infantil y pobre.

Me cogerá la tristeza, como ella sabe, en cuanto oscurezca.

No he debido venir: ¿para qué?; ¿qué busco aquí? Es una excusa lo de pintar.

¿Cómo he podido creer que Manuel era otro? Es el mismo. Lo he comprendido cuando le he visto reír pícaramente por el disgusto del camarero del casinillo. Con poco, rompería un cristal en el Ayuntamiento. Diego es también el mismo. Yo, yo también. ¡Qué disfraz de personas "cambiadas" nos ponemos!

No hay nada más escrito en aquella ocasión. A mi padre, a pesar de los años transcurridos, aún le pesaban los recuerdos. Sabía realmente lo que buscaba, pero le resultaba en exceso doloroso —siempre le resultó igual— revivir, entre las cosas agradables que hubo, momentos especialmente duros como aquella muerte trágica a la que asistió en directo, o los tremendos relatos de cómo habían matado a personas de cuya inocencia no dudaba nadie. Su visión juvenil, desenfadada y hasta desentendida, pero con sólidos principios morales, no encontró nunca justificación para todas aquellas salvajadas. Después vendrían las del otro bando, para las que tampoco pudo hilar argumentos suficientes. Garrucha, por diversos motivos, siempre constituyó un referente vital en la vida de mi padre quizá porque ese fue el lugar en el que maduró muchas decisiones que le acompañarían el resto de su vida. Él ansiaba pintar todo aquello que conocía y amaba y, en la misma medida, deseaba también escribirlo, y Garrucha se le presentaba como un horizonte estético y literario que permanecería intacto a lo largo de los años. En una posguerra como la española, no eran muchas las ocasiones para tamizar y suavizar un pasado en el que cobraban protagonismo los sucesos trágicos vividos del 36 al 39; una suerte de memoria íntima común, oscura e impenetrable, que cambiaba constantemente de rostro según quién y dónde. Pero una de esas ocasiones se presentó a comienzos de la década de los 50, cuando tropezó con un personaje que llegaría a inspirarle cierta ternura durante un tiempo. Por aquellos años dedicaba parte de su esfuerzo creador a narraciones noveladas y cuentos que nunca vieron la luz, o que quedaron inconclusos como el que tituló "El Vila", en el que sólo hay que cambiar a Pedro Hernández por Manuel Muñoz para penetrar en lo que de biográfico tiene:

El pintor de ánimas Pedro Hernández ha ido a cobrar un lienzo que ha hecho de la Dolorosa a la Casa de Misericordia. Tiene prisa en cobrar. En su casa apenas ha dejado un céntimo y su cartera no anda mucho mejor que su casa; y ha de comprar tantas cosas; debe también algunos duros a sus amigos; en fin, quiere cobrar, aunque lleva por dentro un resquemor. ¿Le pagarán? ¿No le dirán que su lienzo no ha gustado del todo a los cofrades de la hermandad del Santo Cristo? Ea, ya veremos.

En la portería del vasto edificio (un antiguo convento de jesuitas) hay unos hombres tullidos, algunos muchachos desgreñados y un tonto que luego anda por las calles diciendo que él no ha trabajado nunca ni trabajará. Ese tonto que hace tanta gracia a las gentes. El portero hace pasar a Pedro Hernández a un patio de columnas de mármol y, por una escalerilla, le invita a entrar en las oficinas. Un hombrecillo le detiene.

Don Juan está ocupado, muy ocupado ahora mismo.

-¿Podré esperarle? Sí, aquí le espero. Si pudiera avisarle...

- Siéntese. Ahora saldrá su sobrino y se lo dirá él.

Hernández busca en sus bolsillos el paquete de cigarrillos en que sólo deben quedar dos o tres cigarrillos rubios de anteayer, cuando tenía dinero. Ofrece uno al viejo que le mira manipular.

- Gracias. El sobrino de don Juan sale enseguida. ¿Me da lumbre?

El pintor mira al viejo. Le recuerda algo.

- Oiga, su cara la conozco de antes. Usted no es de aquí.

- Soy de Sorbas.

- ¿Ha vivido en Garrucha?

- Sí.

El viejo entorna los ojos y mira con atención a su interlocutor.

- Sí. He vivido en Garrucha.

- Usted es don Luis Vila.

- Vila Moya, soy. ¿Y usted? ¿Quién es usted?

- Soy Pedro Hernández, pero mi nombre no le dice a usted nada. Era un niño cuando viví en Garrucha y le conocí a usted. Mi madre fue telefonista allí.

- ¿Hijo de la señora de teléfonos? ¡Un abrazo, muchacho, un abrazo! ¡La señora de teléfonos! ¡Un abrazo de verdad!

Pedro Hernández siente una gran alegría y aunque siempre le es violento abrazar a cualquier persona, abraza emocionado al viejo que repite:

- ¡La señora de teléfonos! ¡Qué buena amiga! Ella me aconsejaba: - No se fie de fulano, Vila. Fiese mejor de mengano. ¡Ah, qué buena amiga! ¡La señora de teléfonos... Cómo has crecido, muchacho. Estoy llorando, miralo, estoy llorando.

En realidad el viejo llevaba su dedo índice a los ojos pero no quitaba con él ninguna lágrima. Pedro Hernández dio como segura la emoción interna del viejo.

- Yo también estoy emocionado con este encuentro.

- Qué saltos da la vida. Tú sabes; yo negocié en cosas de minerales y barcos, ¿eh?, cargamentos... pero... He dado muchos tumbos. Málaga, Granada, Almería... En Málaga me engañaron. Un negocio de pasas. Me engañaron. Aquello salió mal o me engañaron. Y ahora...

- Usted debió casarse. Los solteros... ya ve.

- Mi tía, mi tía. No quise abandonar a mi pobre tía. Tú conociste a mi tía, claro. Pues por no abandonarla. Ahí está todo. Y ahora...

Mientras hablaban de la guerra y las cosas que han pasado después de los años de Garrucha, aquellos años casi felices, Pedro Hernández recuerda al Vila de entonces.

En Garrucha pocos quedaban ya que llamaran don Luis Vila a aquel hombrecillo que pretendía tener, y acaso las tuviera, dos o tres carreras. Para todos era "el Vila". ¡Qué curiosa persona "el Vila"! Era inteligente. Según corrían rumores, aceptados por todos, muy inteligente. Pero el vino le perdía. Y siempre estaba borracho... Los mozalbetes "la tenían tomada" con él y muchas veces el pequeño pueblo se llenaba de gritos agudos que repetían su nombre burlescamente: ¡Viila! ¡Viila! Las ies se alargaban en chillidos inacabables. De los muchachos se apoderaba un frenesí violento. Era como un ataque de locura que contagiaba a todos y el griterío

enorme ensordecía... El Vila era enterrado en simulacro. El Vila era conducido en triunfo. El Vila bajado al mar para mojarlo en él lentamente, de sopetón, rociándole, haciéndole beber agua salada... Al Vila se le cortaban los pantalones y se le dejaba ir, como un niño, por entre los corros de gentes curiosas y sin piedad.

Esta fue, según creo, la primera introspección escrita de sus vivencias garrucheras. Pero había más preguntas sin respuesta y nostalgias por despertar en la cabeza de mi padre. Sería finalmente en el verano de 1958, aprovechando las conferencias de arte que impartía en el seminario de Aguadulce y el encargo que de unas pinturas para la iglesia de Garrucha le hizo don Francisco Gea, cuando decide alquilar una



2. Salvoconduto que el Frente Popular Antifascista ofreció a la familia de Muñoz Barberán para que pudiesen abandonar Garrucha en plena Guerra Civil

casa en la que, con su mujer y sus cuatro hijos, huir del caluroso agosto murciano y reencontrarse pausadamente con todo aquello que había quedado interrumpido años atrás. Las primeras frases puestas en su cuaderno de notas, son reflejo de otras muchas de poca trascendencia que, con las lógicas variantes, se repetirán a lo largo del mes:

La casa de Garrucha no pareció mal a Fuen-santa. Eso sí: adelantando la condición de que habría que realizar en ella una limpieza a fondo y un descuelgue de todos los cuadros ridículos que la «adornaban». Así se hizo.



3 y 4. Don Luis Vila, personaje recreado por Manuel Muñoz Barberán en alguno de sus relatos, recordaba el centro telefónico o casa de teléfonos de Garrucha, donde trabajaba como telefonista su madre. (Ambas obras pertenecen a la colección de Juan Grima)

Mi carácter atrabiliario y raro hubo de caer, la primera tarde, en algunos momentos de tristeza. Todo se fue al traste cuando, la mañana del Domingo, vi a los niños disfrutar de la playa. Como siempre, la decisión de echarse al agua empezó por Fuensantilla, la niña mayor, la más decidida siempre. Poco a poco, la valentía se fue transmitiendo a Alejandro y, en fin, llegó a José que tuvo tres o cuatro plantones en seco ante la fiereza de unas olas pequeñísimas, casi imperceptibles.

Oímos misa en la pequeña capilla que he de pintar, en la plaza. Yo puedo, literalmente, decir que oí misa en la plaza, bajo un sol aplastante. Hasta podía decir que ni vi ni oí cosa alguna si no es las espaldas de los hermanos Moldenhauer. Pero así van las misas dominicales de lo mejor de aquel pueblecito. Sí, falté al precepto, con el contramaestre, el alcalde y todos los maestros, falté, amén del farista.

Antes de comenzar la misa hablé con don Francisco Gea. No quise darle a entender que estaba en Garrucha, con mi familia, con la sola intención de pintar su capilla. Antes bien, en mis palabras le hice, o quise hacerle comprender, que se podía aprovechar mi veraneo para hacer el trabajo. Creo que esta actitud mía algunas veces me favorecerá y otras no. Pero soy incapaz de comportarme de otro modo o tendría que hacer un gran esfuerzo.

(...)

El Malecón empieza a animarse con la llegada de los veraneantes. Como siempre, grupos de pescadores se sientan en las escalinatas de los porches, en los bordes de las aceras, y desde allí miran la mar, hablan, juegan con piedrecitas sobre un trazado de rayas a veces complicadísimo.

El tío José «el Orejo», dueño de la casa, parece un tanto perplejo ante un pintor que no trabaja, que veranea y que lleva a sus hijos bien vestidos. Servicial, está al tanto de nuestras pequeñas necesidades para atenderlas.

(...)

La primera noche que pasamos en la casa, escuché pasos en el piso de arriba. Como sé que está deshabitado me extrañé y decidí averiguar el motivo de aquella rara visita. Cuando, a la mañana siguiente, mi mujer le preguntó al «tío Orejo» qué era aquello, la contestación fue esta, poco más o menos:

- Soy yo, señorita, que vengo a dormir mientras me duran los invitados que tengo. Cuando

yo deje de venir no oirá pasos; en esta casa no hay, como en otras, ánimas.

Yo había advertido ya a mi mujer de la superstición de aquellas gentes. Creen fácilmente en la conversación con los muertos. Unas veces porque los vivos desean y provocan estas charlas —espiritismo—; otras, porque los propios muertos tienen necesidad de pedir algo —apariciones de tipo expiatorio—.

El 26 de Julio mi padre regresaba de Aguadulce donde encontró unos seminaristas menos entusiasmados que en ocasiones anteriores y a viejos conocidos. Viajó a Almería en el coche de un médico y desde allí tomó el autobús para Garrucha:

En el coche de línea apenas había viajeros y el viaje, incómodo, fue un tanto aburrido. En Garrucha me esperaban, en la parada, mi mujer y mis hijos. Todos con el color moreno. Los días de playa van notándose en ellos. Alejandro tiene la espalda quemada lastimosamente. Hasta la pequeña Pilar parece una gitanilla.

Fuensanta me habla de estos días. Los ha pasado bien. Si no se cuenta la actitud de aquella mujer que, una mañana, viéndola en la playa con los cuatro niños y la criada, sin marido, murmuró un poco en voz alta: - Piensa mal y acertarás... Acaso imaginó que mi mujer era la querida de algún ricacho invitada a una temporada de verano a gastos pagados. Esta rusticidad malintencionada no es disculpable pero se entiende perfectamente.

Con Juan Gerez en el patio del antiguo Casino. Yo iba dispuesto a pasar la tarde a solas, al fresco, quizá escribiendo unas notas. Allí le he encontrado, podando unos arbustos que adornan el patio. Otras veces le he visto arreglar el piano y hasta le he oído hablar de montar aparatos de radio. Hemos hablado de todo. Me ha dicho pestes de todos los críticos de Arte, de muchos artistas, de tantas cosas! Parece exigente y apasionado. Al fin, ¿cómo no ir a parar a las cosas de la guerra? Sí: también hemos hablado de la guerra. Me ha contado que Luis Vila, «el Vila», ese viejo que está en la Misericordia de Murcia, estuvo guardando los presos y haciéndoles víctimas de sus tontos caprichos: - Pedro, llena el botijo. - Poned el pan en el suelo. - Fuera ese papel. - Señoritos, no. Ya no podré mirar con simpatía a ese viejo; lo temo.

Cuando mataron a los Casanova, el padre, que veía asesinar a sus hijos, se enfureció y mor-



5. Muchas de las historias relatadas por Muñoz Barberán se las contaba Juan Gerez González, a la izquierda de la imagen junto a Federico Moldenhauer Gea. Hacia 1945. (Col. Federico Moldenhauer Carrillo)

dió a uno de los canallas. Este fue a que lo curase don Amador que después, por lo visto, ha dado fe de esto. Los hijos de Casanova murieron amarrados y los bravos luchadores de la libertad disparaban sobre ellos a distancia, fallando, a veces, el blanco, la puntería. No puedo evitar el pesimismo, la gran tristeza que me invade cuando vuelvo sobre estas cosas.

Pero es que las casas, los lugares, todo, me entristece, porque todo me trae al recuerdo los hechos pasados. Esta tarde he ido, sin querer, con mis hijos, junto al sitio exacto en que vi morir al desgraciado sargento de la Guardia Civil asesinado por estas fechas hace veintidós años. El carpintero mismo que me trae un toldo para la playa, me pregunta: - Su madre, ¿se llamaba doña Bibiana? ¡Claro! Pues el que me ha vendido la madera me ha recordado el nombre y me ha contado que fue a su casa para pedir un coche a Vera, para que escapara don Juan Madariaga. Luego mataron a este don Juan en Vera. Lo sacaron...

Esa tarde la recuerdo yo perfectamente. Barceló dijo a mi madre: - Ud. debe irse, «también».

Mi madre estaba en una misteriosa lista de la que se hablaba mucho. El terror nos apretaba en aquellos días angustiosos y terribles. Sentíamos deseos de huir, en las noches, al campo, lejos. Nos parecía que la muerte nos esperaba en medio de las calles silenciosas.

Anoche, paseando por el puerto, mientras veía la luna sobre el mar, deshecha en innumerables rastros inquietos, pensaba que debo matar todo el recuerdo; la tristeza; este afán de hundirme en la oscuridad de unos pensamientos tristes, pesimistas. Lo procuraré.

Ese era el deseo imperioso de mi padre, la respuesta a la pregunta, hecha años antes, sobre qué buscaba en Garrucha. Pretendía sacar de su interior todos aquellos recuerdos y matarlos, simbólicamente, o poder convivir en paz con ellos para siempre. No estoy seguro de que lo consiguiera plenamente. Pero en esta ocasión, las preocupaciones inmediatas por su situación

económica y el encargo pendiente, así como las charlas en el Casino con los viejos conocidos, llenan casi todas las anotaciones diarias y dejan un escaso margen a lo personal. La capilla que le había ofrecido pintar don Francisco Gea ocupa bastante espacio en el diario. Primero por la actitud de don Francisco, que a mi padre se le antojaba esquiva al tardar unos cuantos días en hacer firme su encargo; y en segundo lugar porque no hubo manera de encontrar escalera adecuada para trabajar y la confección de una a medida, encomendada a Barceló, parecía no resolverse nunca. Los días transcurrían más o menos así:

28 de julio

En la playa pinto algunas acuarelas. Los chiquillos acuden y estorban. Las he de abandonar sin cuidarlas mucho. A Gerez mis dibujos y acuarelas no le impresionan de ninguna manera; no puedo descubrir si le gustan o no porque se muestra indiferente. Me sorprende esto porque no me ocurre con frecuencia. Habré de hacer un esfuerzo si quiero sorprenderle. En el casino me ha metido este buen Gerez en la faena de restaurar un cuadro malísimo que él restauraba pésimamente. Lo hago con gusto. Y me agrada oírle hablar. Además, pienso que difícilmente aguantaría a Ginés y a Diego, que fueron amigos míos en los tiempos mejores, en los de la niñez. Gerez es disparatado. Diego no habla. Me quedo con Gerez.

...

Fuensanta se sorprende y admira porque el tío «Orejo» le cuenta su boda: contrajo matrimonio, vivió seis meses con su mujer y marchó en un barco a correr mundo. Volvió a marchar y, pasados diecinueve años apareció otra vez, porque su hijo, al que no conocía, le pidió repetidamente que viniera. -No sabe Fuensanta, y se lo digo, que estos casos se dan aquí con gran frecuencia. - Su mujer le esperó procurando que en el reencuentro su marido la hallase igual que la dejó: en el año treinta y cuatro usaba un peinado ya antiguo; hoy todavía lleva ese extraño moño en alto, único ejemplar que sobrevive de su especie. Ya no se ha atrevido a quitárselo. Recuerdo cuando la tía Leonarda y su hermana bajaban a bañar al chiquillo con padre ausente. Mientras los demás niños éramos libres de ahogarnos o no, aquel niño tenía a las dos anticuadas señoras como custodios constantes. Y hasta recuerdo la mirada de las mujeres cuando me bañé desnudo ante ellas. A pesar de que era yo un niño incapaz de escandalizar a una monja. Pero ellas deben ser puritanísimas. Me emocionó ver el otro día a la hermana de la tía Leonarda, con el mismo vestido, la misma sombrilla, el mismo peinado, custodiando a los hijos, casi franceses, de su sobrino. El tiempo no pasa tan deprisa como dicen.



6. Imagen del altar mayor de la Ermita de la Virgen de Los Dolores de Garrucha. Detalle de las mujeres de los pescadores. 1958 (Foto de Miguel García Rubio)

29 de julio

Esta mañana he pintado un barcazo varado en la playa, con sus botes auxiliares. Apenas si importa esto, pero es que el barco se llama el «Aroma del Clavel». Mientras pintaba se me ha sentado cerca, a curiosear, una linda muchacha de quince o dieciséis años. Alguien, al pasar, le ha gritado en broma: - Eh! María: te están pintando tu barco. Quizá era la hija del dueño o patrón del Aroma. Allí se ha estado hasta que he acabado de pintar. Entonces unos muchachillos se me han ofrecido como modelos: - ¿Quiere Ud. pintarnos? Así nos ponemos. En cueros si quiere usted ¿Quiere usted en cueros?

Uno de esos días tuvo un tropiezo casi intrascendente que recordaría a menudo como paradigma de la estupidez que a veces nos invade a los españoles.

La Guardia Civil de Garrucha, creyendo que mi padre pintaba para levantar planos de la costa con fines nada claros, le prohibió aquella actividad. Días después anotaba esto: *He dado con la panacea que acaba con todos los males: el comandante de Marina. Me lo ha presentado Robles. A poco de conversación le he propuesto la dificultad de pintar en la playa y me ha ofrecido un permiso.- “No se puede obligar a la Guardia Civil a que piense. Sería demasiado”. En cuanto a los gamberros que molestan con la pelota, no hay más que acudir a él; manda al contramaestre y se acabó el fútbol. Estamos, pues, de enhorabuena. Un ejemplo del poder arbitrario y mezquino que se repartía entonces como si de prebendas caciquiles se tratara. Pudo mi padre pintar desde entonces cuantas acuarelas quiso (“Don Mariano Llerenas, comandante de Marina, me ha dado un permiso para pintar desde*



7. Imagen del altar mayor de la Ermita de la Virgen de Los Dolores de Garrucha. Detalle de los pescadores. 1958. (Foto de Miguel García Rubio)

Punta Sarriá hasta Cabo Gata. Podré sentarme tranquilo a pintar unos barcos sin ser molestado por la guardia de costa. Porque esta guardia -civiles y carabineros- no entienden que el espionaje internacional apenas si se ocupa en pagar acuarelistas para que pinten el «Joven Julia», el «Amanecer de Mayo» o el «Aroma del clavel»), pero lo del juego de pelota en la playa, con sus correspondientes molestias, lo soportó estoicamente hasta el final del veraneo por no hacer uso de una intervención del contra maestre que, más que reglas de urbanidad, habría tenido que emplear su autoridad de forma desmedida por tratarse de una cuestión menor. De las largas y amenas conversaciones con Juan Gerez, casi el único contertulio al que aprecia

como conversador, extrae antiguos relatos garrucheros que hablan del carácter levantisco de la gente que vive por y para un puerto, impregnada de la dureza y también de esa extraña libertad que entonces confería la proximidad a la mar:

30 de julio

La muerte de Bascuñana. (Hacia 1915)

Bascuñana era un chulo. Le gustaba, como a todos los chulos de aquel tiempo, imponer su voluntad en las tabernas. Si él mandaba beber, había que beber y no había más sino beber. Siempre se andaba amparado por su faca, su pistolón y el temor de los demás a perder la tranquilidad. Una noche llegó a una taberna del pueblo. Allí había un hombre que padecía úlcera mucho tiempo: no bebía vino y hacía una vida tranquila, morigerada. Era uno de los hombres buenos de Garrucha. Pero aquella noche estaba en la taberna cuando Bascuñana llegó y con un gesto invitó a todos: no tuvo otro remedio que beber coñac. Bascuñana llevaba una escopeta además de otras armas. Y aunque no la hubiera llevado.

Aún sabiendo que podía morir también por beber, el hombre de la úlcera en el estómago bebió, sin rechistar.

A otra mañana, junto a la «esquina de Marcos», Bascuñana amanecía atravesado por su misma faca. Allí estaba casi en pie, la escopeta en el suelo. La cabeza casi tocaba en la contera de la faca.

El hombre de la úlcera en el estómago siguió haciendo su vida normal. En la cara tenía un rasguño pero... en un hombre de la mar esto no es raro.

Cuando las sospechas fueron cercándole; cuando la Guardia Civil empezó a fijarse en él, una noche, su cuñado le llevó a su barco, salieron y le dejó en Orán. Allí murió.

La muerte de Antonio Cano (1932)

Otro matón. Antonio Cano era desafiante: también invitaba a la fuerza. También gustaba de mirar a las mujeres sin que los maridos rechistasen. Sebastián el de «la Campana», el tabernero que no hace mucho se ahorcó, era una de sus víctimas predilectas. «La Guardia Civil» le tenía dicho a Sebastián que no se le quejara más; que cuando apareciera por la taberna el Cano, lo ataran entre los cuatro hermanos y llamaran al cuartel.

La noche del Cano llegó, por fin, cuando entró en la Campana y empezó a insultar a Sebastián.

En un momento aparecieron los hermanos y con cuerda fuerte, de las artes de pescar, le ataron. Quedó tendido en la calle. Cuando llegó el sargento estaba allí, indefenso. Saben lo que pasó dos mozalbetes que estaban en el callejón. Pero ambos murieron de tuberculosis poco tiempo después. A otro día el Cano moría abotargado, como muerto a puntapiés, las costillas rotas.

La noche anterior había «invitado» a don Pedro Gerez, a don Pedro «el Tuto» y a otros más, a beber en un tabernucho del Malecón.

Como datos interesantes, van estos: uno de los muchachos que vieron el apaleo del Cano, temiendo una muerte lenta, vómito tras vómito, se envenenó con estricnina. Sebastián el de la Campana, se ahorcó hace unos años.

El hombre que no quería guitarras (hacia 1915)

Una noche los muchachos tenían gana de hacer música a la ventana de las jóvenes. Iban de reja en reja. En una esquina un chulo, armado de una escopeta, les gritó: - ¡Ea, ya no hay más serenata porque no quieren mis cojones!

Amaneció con la barriga abierta en una cruz de calles, la escopeta encima, terciada, como una tachadura.

El novio a la reja.

Un muchacho estaba hablando en la reja con su novia. Era un hombre tímido. Un chulo bromista se le acercó por detrás, le cogió la cabeza con el brazo derecho en forma de gancho y con la mano derecha le daba pescozones burlándose de él. El muchacho pugnaba por desasirse y pedía, encoraginado, le soltase. El chulo reía. Hasta que el novio dio con la faca del chulo en su cintura. La arrancó, la abrió como pudo y vino, cena, tripas del chulo, fueron al suelo.

A acostarse todos.

En tiempos de la monarquía, la autoridad caciquil se la repartían los Jiménez y los Fuentes. Tenían sus chulos a los que vestían de municipales cuando llegábalas su turno. En tiempo de elecciones no era raro sino frecuente que un municipal de estos entrase en las tabernas y dijera a gritos: - Señores: a acostarse; hay que descansar. Ale, ale, a dormir. Todos se iban, cómo no.

Uno de los chulos era el «Pelotas»; otro el «Almendrilla». Mejor, los Pelotas y los Almendrillas; porque padres e hijos formaban grupo o escuela de chulerías.

Una noche, en la taberna, estaban los Pelotas. Un Almendrilla entró. A poco empezaron las indirectas y las ofensas. Los Pelotas estaban «mandando». El Almendrilla se hartó de insultar a los que estaban en candelero. - Hay muchos cabrones... decía mirando a los Pelotas.

Los Pelotas salieron. El tabernero cerró la puerta y aconsejó al Almendrilla que estuviera allí y éste le hizo caso. Pero alguien tuvo necesidad de salir y, viejo o señorito, no pudo abrir la puerta atrancada. El Almendrilla se adelantó y abrió las hojas. Apenas hecho, dos tiros le alcanzaron desde la calle. Salió herido, gritando. Perseguido a tiros llegó hasta la casa de un pariente de los Fuentes. Caído en el portal, agonizante, pedía agua y llamaba, débilmente, a la puerta.

Los santos en el suelo.

En la Semana Santa, a la puerta de la iglesia, se armaban grandes tremolinas. Ante la puerta abierta se plantaba un chulo «de Jesús» y gritaba: - "Ni Dios pasa antes que Jesús". Era un reto a los de «San Juan» o «La Virgen». Se echaba mano de las facas y las pistolas. Los santos quedaban allí, sobre el suelo, y en torno de ellos se armaban las refriegas.

Todo esto y más me ha contado esta tarde Gerez, en su patio.

Por el Casino siguen circulando a diario mi padre y sus viejos amigos —Gerez, Diego Garrido, Ginés Moreno, Marcos Martínez...— y llegarán otros, desde los primeros días de Agosto, para pasar el verano:

Diego Antonio Casanova, el especialista en campanas, debe haber llegado, o, mejor, ha llegado sin duda. Anoche, desde mi puerta, escuché un violín. - Él es. Ya está aquí el violín de Diego el campanólogo. Este hombre se ha arreglado su vida «de publicidad» dando conferencias acerca de todas las campanas de España que conoce y hasta habla —no sé si con conocimiento de causa— de las campanas de América. Además, toca el violín y canta, según creo. De niños éramos amigos. Bajaba a la playa con su violín y un día me dijo: - "En tu honor, voy a interpretar tu himno, el de Murcia". Y tocó esa romanza de barítono de «La Parranda». Yo, entonces, ni conocía tal trozo de zarzuela.

Comentarios que también se repetirán en más de una ocasión reflejan, no sin cierta ironía, el ambiente de la playa, con sus tipos curiosos o abiertamente

ridículos, las tardes apacibles de paseos y visitas y el tópico de cuánto cuesta encontrar en Garrucha cosas que en cualquier otra ciudad vecina son comunes, desde la prensa diaria hasta un simple bolígrafo. Todo un catálogo de personajes, descripciones y quejas que tienen corto interés más allá de lo que son opiniones puramente personales. Pero, a veces, se extiende en consideraciones generales, en acontecimientos de cierta notoriedad en el momento, o en otros de especial significación afectiva para él:

La parte ridícula de los pueblos no es ese barrio alto, de casas sencillas de pescadores. Mejor lo será esa parte baja, con edificaciones pretenciosas y caras. La parte ridícula de los pueblos empieza en el programa de fiestas. Esas fiestas de las que sólo queda, en definitiva, un par de procesiones. En el programa de fiestas no se hace constar nunca el peligro de que el pueblo quede sin luz alguna noche. Los tres apagones de ayer dejaron a Garrucha tan triste como lo estaría hace sesenta años después de que anocheciera. A propósito de las procesiones: ayer llamó el alcalde — Emilio Moldenhauer — a Gerez, el escéptico, para que examinara al Santo Patrono, San Joaquín, que padece relegamiento anual y sólo es recordado en la festividad para ser llevado en andas por el pueblo; digo por las calles del pueblo. Yo lo vi, visitando la iglesia, arrinconado en una trastera; no sé si por un airecillo iconoclasta que anda entre los bondadosos curas jóvenes, o por ciertas desavenencias políticas ya que él, el patrón, es un santo estrechamente relacionado con el alcalde que es el encargado de organizar su procesión. Ahora también anda de moda el no estar de acuerdo curas y alcaldes, para que no se diga. Pues, como digo, llamó el alcalde a Gerez para que éste dictaminara si podría salir en procesión la imagen. No sé lo que contestaría el artista. A mí me dijo una de sus barbaridades: - Con ladillas va a salir el pobre viejo algún año.

(...)

Ir al cine en los pueblos pequeños es ejercitar la imaginación ya que hemos de suplir con ella todos los cortes y destrozos con que llegan todas las películas. Se parecen estos cines a los Cineforum y Cine-Club en que se pasan montones de retazos de películas. En aquellos, de las buenas. En estos, de las malas.

10 de agosto

Hoy se inaugura el Club "Cultural" y Náutico. Para unos, un desafío, una cosa inútil. Para

otros, un paso que da Garrucha en busca de la prosperidad. Diego Garrido piensa que está bien el haberlo hecho pero teme que ofenda a la gente pobre del pueblo. Gerez se apunta en los optimistas. Visiedo en los pesimistas. Lo cierto es que en toda la villa se habla hoy, y se viene hablando desde hace meses y se continuará hablando durante años, de la conveniencia o no de hacer este Club que, naturalmente, no tiene una pizca de cultural, poco de náutico y mucho de recreativo.

(...)

Hoy, hay tres categorías de personas en Garrucha. Primera, los que tienen invitación para la inauguración del Club y para la cena. Segunda, los que tienen invitación sólo para la inauguración. Tercera, los que no tenemos nada; ni lo uno ni lo otro.

(...)

11 de agosto

Se inauguró el Club. Después de cenar salí a fumar un cigarro por el malecón. En el brazo de poniente del muelle disparaban de vez en vez un cohete. Cohetes pobretones, de poco efecto. Sus palmeras resultaban ridículas, tristes, espaciadas, como las de un oasis de poca agua. En el Club se cenaba. La gente de fuera, el pueblo, miraba el movimiento de camareros, de cigarrillos, de copas. He prestado poca atención a los comentarios. Un burlón de la calle decía a sus amigos: - Venga, que llegáis tarde; ya estamos acabando. En las ventanas del edificio se apiñaban gentes tristes, de poca cena, que miraban lo que podían por las estrechas celosías. ¿Qué se hace con ellas? ¿Se las deja estar ahí dando un triste espectáculo? Si no se las deja parecerá una medida dura. Además, ¿por qué no dejar que miren? Son todos amigos. Acaso, cuando asesinaron a los catorce, ¿no fueron estos mismos los que rodearon los cadáveres compadeciéndose? La gente humilde sabe mirar. Comidas, duelos, bodas, despilfarros... todo lo sabe mirar y comprender.

(...)

Garrucha tiene prejuicios en contra del forastero, desde antiguo. Una de estas tardes pasadas Marcos Martínez, en el curso de una conversación que no hace al caso, volviéndose a mí me dijo: - Ya sabes tú el aire de superioridad que el forastero toma cuando habla con nosotros. De pronto recordó que yo era también forastero y no



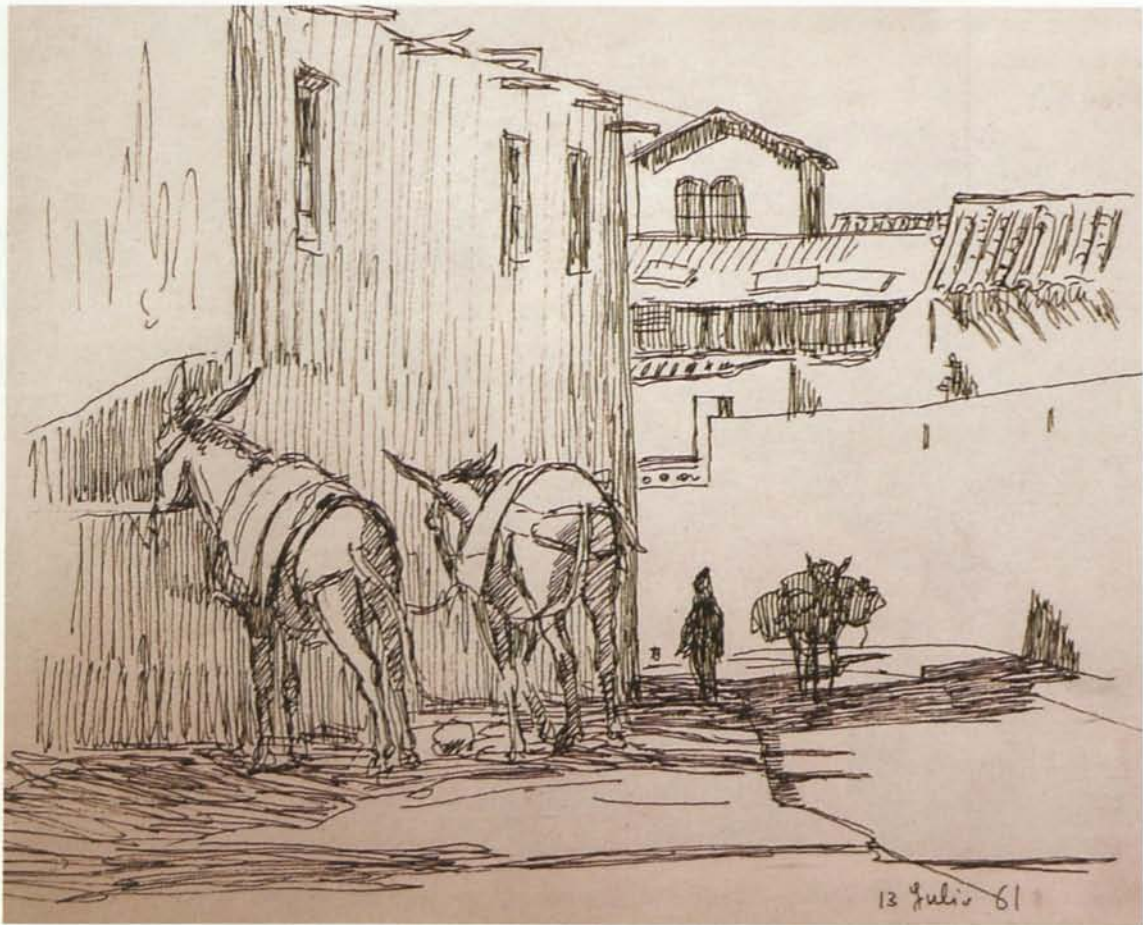
8. Una perspectiva del Malecón, con la casa consistorial al fondo, allá por los primeros años 60, muy cerca de esa Garrucha de tardes apacibles, de paseos y visitas, que vivió Muñoz Barberán. (Col. Federico Moldenhauer)

insistió mucho. Yo recordé los primeros meses que pasé aquí, cuando niño, y las persecuciones de que era objeto por los demás muchachos, los abusos innumerables. Recordé la llegada de Pepe Baeza y sus calamidades hasta que un día puso el ojo izquierdo de Ginés Moreno hecho una calamidad. Sin ir más lejos, he recordado el estado casi salvaje de los niños de este pueblo que son capaces de aguantar la mirada y las amonestaciones de los mayores sin parpadear, riéndose, burlándose, sin miedo ni respeto alguno. Pero si alguien, exasperado por el descaro de esos chiquillos, se atreviese a propinarles un pescozoncillo, se armaría una trifulca o marimorena o como se le quiera llamar. Saldrían “madres terribles” alborotando, amenazando, chillando. Es frecuente ver en la playa un niño que arroja agua contra cualquiera. Ese cualquiera da un remoquete al chiquillo. La madre, que ha estado tranquila mientras el niño ha molestado a cuarenta, no puede aguantar el pequeño castigo de uno y salta como una leona de baja estofa gritando pestes. Hay, no obstante, desdichados que acuden a veranear. Quizá guiados por la lectura de mi programa de fiestas.

13 de agosto

Contra todas las predicciones pesimistas, se acabó la escalera y empecé la pintura. Marcos se extrañó y yo tuve una satisfacción al decirle que se había equivocado.

Para empezar a trabajar yo necesitaba unos botes de hojalata grandes. Siempre suelo comprar los ya utilizados para tomate o cosa parecida. Esta mañana, al preguntarle a Juana Martínez, la del estanco, dónde podría adquirir algunos de estos botes, me ha contestado con un gesto estúpido o de orgullo: - Aquí, en Garrucha, no. Los botes usados se tiran, no se guardan. He quedado un momento dedicado a admirar su estupidez solamente y luego he recordado que para la confección de mi toldo me ofreció venderme unos embalajes de madera. - ¿Usted —le he preguntado— tira los embalajes? - No. - Pues valen menos que la hojalata. Esta señora tiene contra mí una nimiedad: que en cierta ocasión le dije me parecía raro que en Garrucha no vendieran bolígrafos ni papel continuo, de envolver. Por lo demás, esa estúpida soberbia la tiene todo el pueblo “garruchero”... Me contó, hace unos días,



9. Una escena de la Garrucha de otro tiempo, extinguida para siempre e inmortalizada magistralmente por el genio de Muñoz Barberán

Diego Garrido la siguiente anécdota. Un barco alemán vino a cargar mineral. A bordo, comieron unos carabineros españoles. Los alemanes, fieles a una consigna de austeridad en pro de su reconstrucción económica, comían pan moreno; desde el fogonero al capitán. Los carabineros de Garrucha pusieron mala cara al pan aquel porque ellos y todo el pueblo comían pan blanco y lo siguen comiendo; porque nosotros no podemos hacer algún sacrificio que no sea forzoso, sin la colaboración de la voluntad. Cuando volvieron a comer otra vez, los alemanes les sirvieron la comida sin pan.

(...)

15 y 16 de agosto

El día de San Joaquín los balcones del Ayuntamiento se abrieron dejando ver las colgaduras rojas del salón de sesiones. Dentro se movía gente que bebía y charlaba: "A las doce en punto, recepción en el Ayuntamiento." Abajo, una banda de músicos interpretaba escogidos pasodobles y marchas. Lo mejor de todo acaso fuera el buen vientecillo que entraría por los balcones abiertos.

A la tarde, se cumplió con el patriarca San Joaquín sacándole en mezquina procesión por el pueblo. Unas devotas en filas, el Ayuntamiento charlando de sus cosas y la banda de música de las marchas escogidas. ¡Ah!, y un cura revestido con capa. Mañana San Joaquín a la trastera.

Vino, de Barcelona, Manuel Molina, el marido de Margarita y hermano de José María, hijo de la tía Anica y nieto de la tía Eugenia. Ayer lo saludé. Le dije: - Manuel, ya no conocemos a los amigos. - No, es verdad: no le conozco a usted. Al decirle quién era se levantó con los brazos abiertos. Creí que me iba a dar un montón de besos. El hombre se puso a punto de llorar. De pronto, sacó la cartera, rebuscó en ella y sacó una pequeña fotografía. La miré sorprendido: yo con una perrilla blanca y negra, la "Lista". - Veinticinco años la llevo. Ahora me tocó a mí emocionarme. ¿Cuántas veces había cambiado Manuel de cartera en esos veinticinco años? Los retratos de sus hijos no habían hecho salir de allí a mi retrato. La cartera ya se sabe que es como una capilla portátil.

17 de agosto

Estos tres últimos días ha estado Garrucha muy animada. Gran parte de la población de Vera, Turre o algún otro pueblo cercano, viene aquí a pasar el día de la Virgen y algunos días siguientes de feria. La playa del Puntalón se convierte en una verdadera ciudad de tiendas de telas y cañas. "Villa Jarapa", al otro lado del Puntalón, adquiere idéntico aspecto pero en mayor extensión. La gente ha dado ese gracioso nombre al playazo enorme porque desde antiguo los veraneantes de poco dinero han hecho allí sus tiendas utilizando esas mantas listadas que se solían hacer con tiras de trapos multicolores. Con el cambio de los tiempos, es posible que hoy ya estas "jarapas" no se hagan, pero la gente conserva las antiguas para cien usos. "Villa Jarapa" tiene un aspecto de feria improvisada, de pueblo nómada en marcha que se ha visto obligado a celebrar alguna fiesta importante. Por encima de la ciudad improvisada salen banderolas y palos y a veces cree uno —y esta es la figura más justa— que se encuentra allí un ejército pronto a dar el asalto a la villa de Garrucha, o, mejor, a su plaza de abastos.

(...)

18 de agosto

Esta mañana he dibujado un poco en la capilla, he estado algún rato en el casino y a las doce nos hemos ido a la playa. Hemos ido al Puntalón porque los chiquillos querían volver allí. La arena, allí, estaba sucia y más bien que playa parecía basurero: papeles, cortezas de melón, cartones, huesos de toda clase de animales pequeños y que sean algo comestibles, cañas, colillas... He buscado el lugar menos sucio y menos concurrido por jugadores de pelota.

La mañana estaba hermosa; corría un vientecillo agradable. En los montes cercanos disparaban barrenos. Miraba yo el humo rojizo, espeso, y esperaba las explosiones. A poco un viento caliente empezó a soplar. Primero vi cómo la sierra Cabrera se empezaba a cubrir por su falda de un polvo rojizo que me pareció el de los barrenos. Pronto ese polvo se fue acercando y alzándose del mismo pueblo. Todo quedó envuelto por él. En fin, la playa se vio azotada por el vendaval. Apenas podíamos respirar. Algunos niños lloraban asustados. Cogí a dos de ellos y los entré en el agua conmigo. El mar había cambiado también rizándose mucho y alzándose grandes olas aun dentro

del puerto. Parecía como si un gran incendio se hubiera producido, como si todo el pueblo ardiera y las sierras y montes vecinos. Apenas se podía respirar. Empecé a temer por los niños y por nosotros mismos. No recordaba algo semejante a aquel aire encendido que nos quemaba los cuerpos. Una familia que había llegado en un camión, con media casa a cuestas, luchaba por armar sus telas y palos contra aquel viento del desierto. Los bañistas huían. Como pude, deshice el toldo y nos fuimos en marcha hacia casa. Nos parecía un largo camino desolado el pequeño trozo de malecón que diariamente andamos sin pena alguna. José, de mi mano, enrojecido, lloriqueaba. Detrás venían los demás cogidos fuertemente de las manos, los niños asustados, asustadísimos. Nos pareció un oasis la casa, que de ordinario parece tan calurosa. Y el agua echada por las cabezas y el trago largo del botijo.

En el casino tenían todas las puertas cerradas. - Es el siroco, es el siroco.

A las ocho dejó de ser tan caliente el viento y a las once se podía pasear con agrado por el malecón.

Las pinturas de la capilla adelantan. Gerez ya sabe a que atenerse con respecto a mi pintura. Su actitud ha cambiado y a veces me mira y dice alguna broma elogiosa. - Estas son las cosas que hacen bien los hombres —decía ayer mismo a un grupo que entró a ver la pintura—. Ahora piensa y lo dice a todos que habrá que quitar lo que hay en la capilla y dejarme pintarla toda.

(...)

20, 21, 22 de agosto

Don Francisco Gea estuvo en la capilla. Parece que está muy contento y alguna vez dijo: - Lástima que no viniera este hombre cuando estaba la iglesia sin pintar.

Ya Gerez, una tarde, había venido con gran alborozo y pidiéndome secreto para lo que iba a decirme. Se lo prometí y entonces, como dejando salir pocas gotas de un gran caudal, me fue dejando caer impresiones de la satisfacción de don Paco. Fue abriendo más y más la espita hasta dejar salir un grueso caño que no sólo acabó con el caudal de novedades, sino que dijéramos, hubo que echar agua al vino. Así, para que entonasen con mis pinturas, serían puestos mármoles en los zócalos, se quitaría el retablo, se pondría mejor araña de cristal... ¿Quién sabe cuántas co-

sas? Naturalmente don Paco se mostró conservador aunque no se oponga a ciertas reformas.

Finalizado el veraneo, tocaban las despedidas y cobrar el trabajo realizado en la capilla. Pero aún se presentaban ocasiones para seguir anotando cosas de cierto interés:

27 de agosto

Esta mañana se ha ido mi madre, con mi sobri-nilla Virginia. También nosotros nos iremos pronto; el lunes próximo seguramente. Cuando he ido a despedir a mi madre, unas mujeres estaban sentadas en un portal, esperando el coche. Una de ellas, flaca, vestida de amarillo, llevaba un niño, también muy delgado. Otra amiga le preguntaba: - *Qué, ¿lo has traído?* - Sí. - *¿Lo ha visto?* - Sí. Tengo que volver dentro de tres días, porque no le ha hecho todo. En el aire de misterio con que hablaban y en lo que decían se comprendía que el que había visto al niño era Andrés "el de la tiricia". Andrés es un viejo curandero al que viene "gente de lejos y en buenos coches". Comprendió que tenía "gracia" para curar a los veinte años. Desde entonces cura de un modo extraño: se coloca ante el paciente y comienza a retorcerse y hacer visajes. Tres "ataques" le dan, y al tercero una hija, ya preparada, le da una pócima de un vaso y entonces Andrés arroja unas babas repugnantes. Hay enfermos que tienen que soportar estas curas más de una vez o dos y entonces, en algunos casos, se hospedan allí mismo, en su casa. La mujer de Andrés es mal encarada, taciturna. A veces no quiere hospedar a los enfermos que no le simpatizan y a los que hospeda les gruñe algo y protesta de tantas molestias. Siempre han vivido sin riquezas, al parecer, de las curas del viejo. Viven allá, a la salida del pueblo, cerca del castillo antiguo y ruinoso.

He llevado a los niños a dar un paseo por las cimbras y por el "calvario". Hemos dado la vuelta por unos vericuetos y, por un camino de tierra amarilla, polvoriento, hemos regresado. He pintado una acuarela de rocas violáceas. Esta tarde he ido hasta la cerca de las ruinosas fábricas de la desplatación y he pintado un apunte. La capilla de don Paco quedará acabada mañana.

30 de agosto

Don Paco estuvo buscándome en el Hogar, anoche. Le espero en la capilla. A su entrada se produce una de esas pequeñas escenas ridículas

de las películas mudas de risa: en los dos extremos de la cancha, vamos ambos de un lado a otro queriendo dar con la intención del otro. En fin, nos paramos y nos ponemos de acuerdo. Le ha gustado la pintura; a sus amigos también. *¿Qué me debe?* Se me traba la lengua. Ya he hablado cien veces con mi mujer de este asunto. Ella me aconseja, razonablemente, un precio. Yo temo parecer un aprovechado. Don Francisco no me preguntó antes de empezar el trabajo el precio de él. Esto me derriba. Cualquiera creería que lo que me aconseja mi mujer es disparatado: quince mil pesetas! Se habrán ido antes de quince días si pago alguna cosilla que debo. Yo me obstino en cobrar sólo doce mil. Y aún pensaba menos. Soy un necio de categoría y me tiraré yo mismo al suelo.

(...)

31 de agosto

Estos días han sido las fiestas de Mojácar. Me he quedado con muy buena gana de ir. Me han hablado de un curiosísimo teatro, de las carreras de cintas a caballo y de muchas cosas más. Claro que recuerdo el pueblo. Siempre me ha gustado. No hace mucho tiempo estuve allí dibujando, un día. Ya estamos preparando nuestra marcha y no podré ir otra vez. Espero venir alguna vez con tiempo suficiente a pintar mucho en Mojácar.

Finalmente mis padres y mis hermanos salieron de Garrucha el día 2 de septiembre. No faltó al final de la libreta la oportuna queja por un viaje de vuelta realmente tortuoso, y el contraste agradable de encontrar una Murcia en fiestas, con la feria montada en el Jardín Botánico, justo al lado de la calle Juan de la Cierva donde entonces residía la familia. Volvió mi padre a veranear en Garrucha en 1961, pero en aquella estancia no hubo diario ni nada por el estilo. El matrimonio tenía para entonces dos hijos más y es bien probable que atender a seis chiquillos y andar con ellos de allá para acá no dejara tiempo para otros entretenimientos.

En el verano de 1967 hacían obra mis padres en un terreno a las afueras de Alcantarilla, ya en la pedanía murciana de Sangonera la Seca. Aquellas tres habitaciones serían poco después el estudio que mi padre mantuvo activo hasta su muerte, al que se le añadiría la casa que todos los hermanos reconocemos hoy como la familiar, "la de siempre". Pero el día 6 de agosto de 1967 todavía no habían podido trasladarse mis padres a aquella pequeña construc-



10. Aquel verano de 1958, en ocasiones, el pintor paseaba con sus hijos por las cimbras y por el “calvario”, subiendo por esta calle del mismo nombre. Luego, se acercaba a las ruinosas fábricas de desplatación...

ción que estaba a punto de terminar. Las visitas de mi abuela María, que hablaba sin cesar con mi madre de no sé qué cuestiones testamentarias que mi padre parecía conocer ya de memoria, y una casa de algo más de cien metros cuadrados convertida en patio de juegos para ocho hijos, no propiciaban un ambiente relajado para que mi padre pudiese trabajar o simplemente leer oyendo algún disco de música clásica. Comienza entonces a escribir lo que él, ante el panorama que tenía delante, dice que es la biografía de su *fracasada vida*.

Y me he puesto a escribir por un arrebatado tonto; porque de golpe se me ha ocurrido, en breves hojas, en un afán absurdo de disculparme de lo que, desde hace unos días, vengo considerando mi fracasada vida. Hasta cierto punto fracasada vida. ¿Abrirá alguien, luego, esta libreta para tomarse la molestia de leer? Quizá no. Pero no importa. Ahora que entre la juventud se usa tanto la frase “No me cuente Vd. su vida”, yo voy a escribir la mía y quien quiera, la lea, y quien no, la deje. Repito que intentaré hacerlo lo más brevemente posible. Y no res-

pondo de que, dentro de unas horas, no voy a cerrar la libreta y darla al demontre.

No cerró la libreta y siguió escribiendo en ella hasta el 29 de ese mes. Eso sí, no pasó de su etapa garruchera a la que se aplica a escribir a partir del día 12. En la libreta anota también, entremezclados con los recuerdos autobiográficos, todo aquello referido a los días pasados en Alcantarilla y los pormenores de lo ocurrido con las pinturas que por aquellas fechas hacía en Blanca, a donde lo había llamado el cura don César. Allí encontró más problemas de los que esperaba con el andamio y hasta la amenaza de unos pequeños terremotos que le hacen temer una caída desde altura considerable. Pero nos interesan ahora sus recuerdos de Garrucha que comienzan poco después de la viudedad de mi abuela. Al cambio que significó en su vida esa deslocalización lorquina le dedica los primeros párrafos y, por lo que cuenta, realmente le sería aplicable la cita cervantina “A la guerra me lleva mi necesidad...” Pero veamos, sin interrupción, cómo lo narra él mismo de modo extenso, dando cuenta de circunstancias personales y des-



11. Muñoz Barberán, en el carnaval de Ciudad Rodrigo dibujando en la calle. Hacia 1975. (Extraída *Catálogo Muñoz Barberán*, Murcia, 2006)

cribiendo, con precisiones de cierto interés, aquella Garrucha que él encontró.

Mi madre, para no ser gravosa a hijos del anterior matrimonio de mi padre, solicitó y consiguió el centro de teléfonos de aquel pueblecito y yo vi, como se suele decir, el cielo abierto pues creí que con aquel traslado se acababan academias y colegios y se abría una época de libertad, mar y emociones.

La primera desilusión fue al oír qué cosas se apartarían para llevar con nosotros y éstas eran sólo las útiles e imprescindibles. Los pocos cuadros pintados que había en mi casa, los fanales con flores de cera, las litografías de las estaciones del año, las mecedoras de rejilla y la biblioteca irían a las casas de mis tías, repartidas. Ante

tamaña ruina, cogí a escondidas cuatro o cinco libros y los metí en el cajón donde iban los cacharros de cocina. Esta reserva espiritual iría conmigo: la Divina Comedia, cierto libro de anécdotas históricas, un tratado de cocina de Moñino, el cocinero de Felipe II, El Genio del Cristianismo, de Chateaubriand, con algún otro que no recuerdo ahora. Aparte y en otro cajón metí, también, unos cien ejemplares de "La Lidia", antiguo periódico de toros y toreros que me atraía por las litografías en color.

(...)

No recuerdo si fue en el año 32, creo que sí, por el mes de marzo, un camión con asientos para viajeros nos llevó a Garrucha a todos con nuestros modestos muebles. Dos o tres horas de viaje. Cuando llegamos se arremolinaron chiquillos y curiosos. Un zagalón larguirucho y oscuro, con lengua que economizaba sílabas, decía a una señora gruesa sentada a su puerta: - Son los de las obras del puerto. - Quitá, muchacho: si van al teléfono.

El teléfono estaba a la mitad de la calle mayor. La señora gruesa era la señora Isabel, la Ramilica. El muchacho largo era el repartidor del pan de la señora Isabel que, cuando yo la oí hablar, estaba a la puerta de su panadería, justamente al lado de nuestra casa. Y frente a ella, después

de un callejón estrecho, estaba el mar o la mar. Y detrás del teléfono, el teatro Cervantes, con techo de uralita y letras pintadas de azul sobre la cal. Y frente al teléfono, la casa del juez don Pedro, el Tuto, y al final de la calle, allá por el faro, la farmacia de don Federico Moldenhauer, y por el otro lado, al empezar la calle, si vamos de norte a sur, la casa del cónsul inglés Mr. Alexander no sé qué y la Gurulla que era una taberna con marquesina de hierro.

En lo alto del pueblo, la iglesia y más arriba, fuera del pueblo, una chimenea y cimbras para conducir los humos antiguamente. Pero las cimbras, por entonces, estaban habitadas por gentes miserables y ahora ya se han hundido. Y abajo, junto al mar, naturalmente, un malecón y

el Ayuntamiento Constitucional con su reloj parado en las seis y una carta hexagonal —o cuadrada— para vender el agua al pueblo y cobrarla Mr. Alexander. Junto al Ayuntamiento, metiéndose en el mar, la caseta de Sanidad, muy bonita, con ventanas que tenían cristales de colores, y torretas y la valla pintada de blanco. Más allá, como se iba hacia la casa de los ingleses del esparto, la caseta de Salvamento, con un mástil grande y cañoncillos para alejar las cuerdas. Luego, el Puntalón o muñón del brazo de Levante del muelle y, otra vez yendo hacia el sur, al final de todo, después del faro, un castillo costero del tiempo de don Felipe V, que Dios tenga.

En la playa, debajo de la caseta de Sanidad, junto a sus hierros arruinados por el óxido, un muchachote de catorce o quince años que me larga un guantazo, o sea una torta, porque guantazo viene de guante y aquel salvaje no llevaba guantes. Un bofetón, ahora caigo, un bofetón. Me lo dio porque un chiquillo que iba con él le había dicho que yo le había pegado. Era mentira; lo habían inventado entre los dos para darme aquello, lo que fuera. Este bestia de cabellos rojizos era hijo de un guardia bizco o medio tuerto que andaba para allá y para acá vagueando por el pueblo.

Solo en la playa y ya castigado por el pueblo, me entretuve cogiendo espadones malolientes de emperador y rayando la arena mientras unas muchachas, desde el pretil del malecón me miraban y me hacían señas. Bueno estaba yo. Perdió María, perdida Bernarda, perdidas las hijas del maestro armero y perdida Maruja, la niña de la casa grande apenas entrevista por los cristales de su mirador imponente; perdida Lorca entera que ya comenzaba a agigantarse, tan pronto, en mi recuerdo, yo no quería nada con muchacha alguna. Volví a mi casa —al teléfono— a comenzar a situar muebles con la Morena y con mi hermana Alegría que había venido a “dejarnos colocados”.

(...)

Mi madre y los chiquillos habíamos sido examinados por un jefe de Lorca que era nombrado siempre “el señor Soto”. El señor Soto comprobó que éramos totalmente aptos para comunicar entre sí a los Señores Abonados de Garrucha y para facilitarles, también, comunicación con el exterior por muy lejano que fuera. Por este servicio, la Compañía que representaba el señor Soto nos daría quince duros al mes, casa y luz. Quedarían

libres, para tres personas que exigía el señor Soto en nombre de la Compañía, alrededor de una peseta por cabeza y diaria si se tenían en cuenta unos pequeñísimos tantos por cientos de no recuerdo qué servicios. Mi madre estaba convencida de que la fortuna estaba con ella, pese a todo.

Para adiestrarnos en el manejo del cuadro distribuidor de comunicaciones y sus clavijas, de los papeles que había que llenar con números y fechas y de las atenciones a dispensar entre los Señores Abonados, había en Garrucha una señorita telefonista de Lorca que permaneció allí los días necesarios. El señor Soto también hizo acto de presencia quizá para solemnizar la entrega del centro y prometió frecuentes visitas, aparte las que harían diversos inspectores periódicamente.

Claro que los ingresos que enumero se verían mermados por cinco o seis duros que habría que pagar a un muchacho que estaba allí para ayudar algo y repartir los telefonemas, avisos de conferencias y recibos de los Señores Abonados. Porque, en el caso de despedir al muchacho y ocuparme yo de ese reparto, mi educación quedaría muy incompleta. Y yo, a otro día de llegar al pueblo, fui llevado por mi hermana Alegría a la entrada del pueblo —por donde la Gurulla— a una escuela que estaba allá en lo alto, cerca de las cimbras, rodeada de eucaliptos y a sólo cinco metros de las casas de prostitución del pueblo. Bien que, en contra de lo que se puede pensar, estas casas de prostitución estaban a un nivel bastante inferior y, cuando los niños salíamos al recreo —según nombre tradicional—, podíamos registrar perfectamente todos sus movimientos, así como los de un hombre ambiguo y raro que les servía de correveidile o no sé qué. Con esto y todo, las escuelas estaban muy bien: eran sólo para niños y desde ellas se veía el mar con horizonte más alto; el brazo del puerto interrumpido parecía, desde ellas, mayor y cerca de ellas vivía el Chucho, un viejecito que llevaba agua de casa en casa y que era muy necesario en el pueblo.

En pocos días y con poco esfuerzo comprendí: que la señora Ramilica tenía el mejor pan del mundo pero que era más conveniente el de don Paco Oliva y su sobrina Dulce; que la iglesia de Garrucha, dedicada a San Joaquín padre de la Virgen, encerraba menos obras de arte, y más modernas y de menos valor que cualquier iglesita de Lorca; que no entendía cosa alguna de lo que pregona el muchacho de las bambas; que la



12. Esta chimenea —la de la fundición San Jacinto— atrajo la atención de Muñoz Barberán cuando llega por primera vez a Garrucha en 1932. También las cimbras que conducían hasta ella los humos y que entonces estaban habitadas por gentes miserables

gente tenía un acento casi cantado muy bonito; que había un borracho ilustre, solamente uno, para divertir a un pueblo de tres mil almas; que tontos había uno que tenía que venir de Cuevas o de Vera y se llamaba Blasito; y que la miseria en el pueblo era mucha.

Comprendí también, entendí perfectamente, que los muchachos de la escuela la tomaban durante dos o tres meses con quienes llegaban al pueblo y que, en esta ocasión, el recién llegado era yo, por desgracia.

(...)

Pues la tomaron conmigo los chiquillos que se reían mucho cuando recordaban que mi hermana Alegría era tan alta que había dado con la cabeza a la bombilla de la "clase". Cuando daban las doce y cantábamos algún himno para salir, yo cogía mis libros y me preparaba a correr hacia "el teléfono", sin dar lugar a que me acosaran a empellones y dicterios, por llamar algo a todo aquello.

Fui encontrando amigos, es verdad. Había una pandilla de inseparables constituida por Ginés Moreno, sobrino de un cura, Manuel Siles, hijo de un maestro, Diego Garrido, hijo de un comer-

ciante de telas y Gregorio Fuentes "el de la perra gorda", que me acogió benignamente. Esta sociedad que aumentaba o disminuía, según las circunstancias, tenía como fines los siguientes: reunir el dinero habido durante la semana para emplearlo en cigarrillos, vino, habas, bacalao, o lo que la tierra diera; hacer excursiones en las fiestas de los pueblos cercanos para estudiar sus costumbres y procurar salir incólumes de ellas; ir, así mismo, con frecuencia a las fábricas de desplantación abandonadas y colaborar desinteresadamente en su rápida destrucción; reunirnos en cualquier lugar a hablar mal pero justamente de las familias de todo el pueblo que no tuvieran representante en la asamblea y aun de los mismos componentes de la asamblea si se descuidaba en asistir a alguna de ellas, en fin, en apedrear cristales, soliviantar a las gentes del pueblo y muchos otros empleos de tiempo que sería largo enumerar. Entiéndase, con esto solo, qué cambio tan radical sufrirían mis inclinaciones y costumbres hechas hasta entonces a la tranquila contemplación de las reposadas obras de arte de mi amigo Emiliano y el recogimiento lorquino ce-lado por la Morena, mi criada, que en Garrucha

dedicó todo su tiempo al cuidado de mi pobre hermana Vicenta que, como dejé escrito, había perdido la razón desde que la atacó la meningitis.

(...)

Ya le dijo el señor Soto a mi madre que tuviera cuidado con los cojines monárquicos que se gastaba; que el pueblo aquel era de los más socialistas de España y cosas así. Pero cualquiera arredraba a mi madre. Los cojines monárquicos estaban allí y el retrato de doña Victoria continuaba encima de la cómoda, detrás de la puerta de la habitación en que comíamos. Y no pasó nada, aunque, de golpe y porrazo, nos vinos amigos de un maestro de horno de la panadería de don Paco Oliva, lorquino y destacado socialista.

La escuela también era lugar para luchas políticas y hay que confesar que la mayoría de niños socialistas daban la razón al señor Soto. Empujado por el espíritu de mi madre hice cientos de tonterías de las que me acuerdo con cierto bochorno.

Mi facilidad para el dibujo, conseguida a fuerza de copiar en los viejos libros y en los números dominicales de ABC, me dio prestigio entre los compañeros de clase y pronto fui encargado por el maestro de algunas labores difíciles en compañía de Juan Miguel, el repartidor de Telégrafos, y Miguel, el hijo de un barbero. Un día, el farista, que dibujaba ágilmente, me dio una carpeta, lápices de colores y sentándome en las escaleras del faro me hizo dibujar el viejo castillo de don Felipe V contra los corsarios. Recuerdo aquel pequeño dibujo como una obra maestra aunque no puedo responder seriamente de este juicio a distancia. El piropo más agradable que recuerdo me lo dijo una muchachita granadina que venía a veranear con su padre, médico, a una casita cercana al castillo. Esta chica se acercó a la mesa de oficina donde yo trabajaba en el teléfono y, cogiendo una telita en que había pintado con colores de cera una cabeza, la elogió mucho haciendo que me pusiera rojo de satisfacción. No piensen que mi perfección técnica había alcanzado en Garrucha alturas como para dominar el difícil y antiguo procedimiento de la cera. Se trataba, sencillamente, de barritas escolares de diez céntimos la docena. Y aquel piropo de la granadina acaso no fue muy excesivo pero la belleza de la chica me lo hizo parecer así.

Naturalmente, nuestra ida al pueblecito había significado un retroceso en mis aprendizajes artísticos. Ya no tenía cerca templos en que ver

grandes pinturas ni artistas a quienes ver trabajar. Había quedado reducido a los números dominicales de ABC de los cuales yo copiaba diversas obras que colgaba en torno a mi cama pegadas en cartones de cajas de zapatos.

Eso sí, conocida mi afición a la pintura, no me faltaron encargos de pavos reales sobre terciopelo negro para hacer cojines y esto me hace pensar en lo aficionada que era la gente por entonces a tener las casas llenas de cojines que eran retirados cuidadosamente cuando alguien se disponía a sentarse, con lo cual perdían los cojines su fin primordial que debe ser el de hacer cómodo el asiento de los que llegan a casa.

Como en Lorca mis ahorros se destinaban a comprar colores y pinceles estuve, pasado algún tiempo, en condiciones de atender todas las peticiones de pavos reales y chinitos que se me hicieran. Y miren por dónde, de pronto me cayó un encargo auténtico, remunerado perfectamente. Vino este encargo del Ayuntamiento socialista, naturalmente, que, observando que la bandera de nuestra patria, que enarbolaban los domingos en el balcón central, no tenía escudo, decidió que lo hiciese pintado el único artista con reputación verdadera ubicado en Garrucha. Se me encargó a mí, claro está, y cobré no sé si seis o diez reales, cantidad que para aquellos tiempos de estrechez no era poca cosa.

Las diversiones en Garrucha no eran excesivas, ni mucho menos. Tampoco eran menos que las de otros pueblos. Se hacía un carnaval muy animado aunque siempre había quienes aseguraban que no era nada comparado con los antiguos, y sería verdad. Casi toda la recompensa que para las mujeres tenía el enmascararse era el acabar bailando en el casino con Miguelón. Este Miguelón era el sobrino de un almacenista de hierros, creo, que se llamaba don Cleofás, y tenía la cabeza "pelá" según rima que cantaban los chiquillos.

Los niños de Garrucha tenían rimas y canciones para todo. La Musa popular era amplia. Si, por ejemplo, bajaba por aquellas calles Sagrario, la hija del López, pues ya estaban cantando los muchachos:

*Toma canela, Sagrario
Toma canela, hija del López*

Si pasaban por la puerta de don Cleofás, cantaban lo de la cabeza "pelá" que era así:

*Si tu madre te pregunta
quién te ha roto el delantá
tú le dices a tu madre
que ha sío don Cleofá
con la cabeza pelá.*

Además, se hablaban a gritos cantando de una manera extraña de esquina a esquina. Lamento no poder dar una idea de estos semitonados que tenían un parecido grande con los eclesiales hasta en el rigor de las cadencias puntuales, sólo que eran totalmente burlescos.

Pero contaba las diversiones de Garrucha. La de todo el año era el borracho Vila, don Luis Vila Moya, representante de la cebolla. Al Vila se le hacían procesiones, entierros, cortes de pantalón, baños en el mar y todo cuanto se presentaba y el ingenio sugería. El pueblo se movilizaba en honor de este beodo y el griterío era inconcebible, cruel. Mi criada, la Morena, sentía gran



13. Portada de la novela *Tentación*, de Manuel Siles, publicada en 1956, y realizada por Muñoz Barberán. Ambos fueron amigos de niños en Garrucha durante la República

afecto por el Vila y se iba por los terrados cercanos a nuestra casa, todos llanos y comunicados, a gritar a los que lo ofendían.

Las noches del Vila eran tremendas y el nombre se alargaba en gritos agudos que se clavaban en la cabeza terriblemente. Y cuando las gentes se cansaban, el Vila los provocaba yendo por las calles gritando que ya le temían y sabían a qué atenerse los felones. Porque el Vila era hombre de palabras muy culteranas y recitaba largos poemas de Zorrilla y Espronceda. El Vila era diversión de las cuatro estaciones del año.

Por San Juan, y no sé por qué razón, se hacía encamisada general que consistía, naturalmente, en salir todos con largos camisones, hombres y mujeres, e ir en grupos cantando coplillas procaces o no.

*San Juan y la Magdalena
San Felipe y Santiago
sacaron en procesión
a la Santa Cruz de Mayo.
San Juan y la Magdalena
fueron a coger melones, etc.*

Andaban las gentes por la calle Mayor hasta la madrugada de arriba para abajo, o de allá para acá, que es lo mismo.

La Semana Santa también ofrecía muchos atractivos porque en Garrucha, como en muchos lugares más importantes, estas fiestas habían tomado un carácter casi profano y una procesión era como una riña de familias que rivalizaban en superarse en el adorno de los "tronos". En un almacén grande del malecón se preparaban algunos de estos "tronos" que salían llevados por grupos de gentes con banderas que jugaban ante los "santos" girándolas con una mano sobre la cabeza y arrodillándose hasta hacerlas ondear junto al suelo, lanzándolas de una mano a otra ante el silencio de todos que estallaban en aplausos al terminar la demostración. Al final del día, muy tarde, se unían todos los grupos y formaban la procesión aunque seguía imperando un ordenado desorden que sólo la costumbre de un año y otro podía, tácitamente, hacer que acabase relativamente bien.

Como Garrucha, por entonces, sólo contaba unos setenta años de vida, todas sus tradiciones procedían de Cuevas o de Vera, principalmente de esta última. Las fiestas eran un reflejo de las de estos pueblos cercanos.



14. Entrada a Garrucha desde el paraje o pago de La Jara. Al fondo, inhiesta y todavía orgullosa, la chimenea de la fábrica San Jacinto, vestigio de tiempos más prósperos y casi una obsesión entre los motivos garrucheros de inspiración del pintor

En la iglesia parroquial don Aurelio, el párroco anciano, se esforzaba en hacer sermones que llevasen la emoción religiosa a sus feligreses, pero para estos el descendimiento de la Cruz y los oficios de tinieblas no eran sino una diversión más de las fiestas de la Semana Santa.

Con cierta frecuencia se dejaba caer por Garrucha una compañía teatral formada por dos hermanas: "Blanca Azucena y sus botones". Esta compañía, tan limitada, actuaba noche tras noche en el teatro Cervantes cantando los números más rancios con el mayor éxito. Recuerdo a estas dos hermanas vestidas de fresones lanzando besos a todos los espectadores y hasta apretándoles las manos. Como no dejaron de ir en los tres o cuatro años que estuvimos nosotros por allí, recuerdo que la última vez que las vi, la compañía se había incrementado con una chica de trece o catorce años, quizá la hija de una de ellas, y ya se presentaban con este largo mote: "Blanca Azucena, sus botones y sus botoncitos". Como es natural, me enamoré enseguida de ella y no dejaba en paz a mi madre hasta que me daba dinero para ir al teatro.

Por la mitad de la Cuaresma, las gentes salían al campo a "partir la vieja" que llevaban hecha de trapos y papel y se clavaba en el suelo con una recia caña y al acabar de merendar, los muchachos y los mayores, con los ojos vendados y estacas en las dos manos, buscaban la cabeza de botijo del mascarón y el que la alcanzaba quedaba dueño del relleno que solía ser de cada grupo lo que podía y quería.

Luego estaba el verano que era la gran diversión de Garrucha. En verano, el Malecón renacía con la llegada de un puñado de familias fijas, invariables, dueñas de aquellas casas ante el mar que permanecían cerradas durante el invierno. En algunas, para esta ausencia, se ponía hasta sobrepuestas de madera para guardarlas de los envites de los desocupados. La sobrepuesta más fuerte me parece que era la que ponía el poeta Sotomayor, un señor de Cuevas que hacía versos del terruño y tenía gustos árabes. También usaba el pelo largo y, no sé por qué, a mí se me antojaba que en el patio de atrás escondía un harén.

(...)

En verano se regaba el Malecón por las tardes con una tina, un par de cubos, una manguera y un burro que llevaba de allá para acá la tina en su carrito. Los señores de Cuevas sacaban a la puerta los sillones de mimbres o de lona, se ponían limpios y acababan de leer el periódico al fresco. Después, formaban tertulias y luego cenaban a la vista del mar y de los garrucheros. No crean que era poco cenar así, en público. Los garrucheros no cenaban en público, jamás. Una vez los chiquillos nos asomamos por la persiana del comedor del Paco el Tuto, el hijo del Juez, y nos tiró un tenedor, porque estaba cenando. Pero a los señoritos de Cuevas, a los "rabotes", les importaba un pepino que les vieran de espaldas o de frente, en camisa, rodeando una gran mesa de mármol y moviendo las mandíbulas.

No iban los señoritos de Cuevas al casino, por regla general. A la puerta del casino, bajo la marquesina, iban a sentarse después de las comidas, don Pedro el Tuto, don Pedro Gerez, don Antonio Fuentes el farmacéutico, el contramaestre y hasta don Juan el Cura, con otros muchos. Miguelón, por ejemplo, y el elemento joven, que se ponían por allí a echar la partida de dominó.

A lo largo del Malecón, en las aceras, se sentaban los pescadores, con sus camisas azul oscuro o pardas. Hablaban, maldecían y se pegaban entre sí acompañando los golpes con terribles maldiciones. También era muy frecuente verles jugar a las tres en raya con piedrecitas y un trazado de yeso. Cuando pasaba un señorito de Cuevas lo saludaban y después le echaban su maldición: "Ahogao en la mar te veas", cosa que siguen haciendo con toda puntualidad. Otra cosa que les molestaba mucho era ver bajar a las tres monjas de San Vicente que tenían residencia junto a la iglesia. -"Ya están ahí las gaviotas. Mañana, levante, míalas aquí". Y hacían una cruz con el pulgar y el índice. Eran los mismos que en Semana Santa llevaban a cuestras a Nuestro Padre Jesús y a su Santa Madre, jugaban las banderas y cantaban saetas con voces desgarradas. Sus mujeres y sus novias, en cambio, eran muy amigas de las monjas y siempre estaban en el convento ensayando comedias totalmente ridículas, y coros para las novenas. Después fueron separándose algunas y yéndose a ensayar otras comedias no menos estúpidas en la casa del pueblo socialista. El caso era ensayar comedias.

El alcalde socialista era un hombre de "buena casa", con fábrica de losetas de cemento. Al

cambiar su ideología, dejó de ser camarero de Nuestro Padre Jesús y decían que había echado de su casa a la imagen con todas sus vestiduras y floreros. Tenía aspecto de santo de palo barnizado y su hermano el estanquero, "el de la bata", jamás se quitaba un guardapolvo de color extraño con el que estaba en su establecimiento e iba de un lado para otro. Parece ser que era espiritista y se hablaba de extrañas recetas enviadas por su mano, desde el otro mundo, para enfermos incurables. La casa o centro espiritista estaba allá arriba junto a las cimbras y muchas veces, al volver de la escuela, nos atrevíamos a meter la cabeza y mirar los bancos vacíos y una estampa de un Jesús o no sé qué personaje raro.

Los hermanos telegrafistas, don José y don Mateo, que tenían caras simiescas, eran los capitolos espiritistas de Garrucha y no se contaban menos maravillas de estos dos extraños seres que tenían una hermana descomunal. Esta hermana había cogido cierta vez en sus manos un libraco de misterios, lo había leído por cierta página y un enorme perro se le había aparecido. Pero viéndola a ella compadecía más al perro, por muy extraterreno que fuese.

Y ahora recuerdo que, al enumerar las diversiones de Garrucha, no he consignado una de las principales: ir al cementerio municipal por los días de Ánimas y Todos los Santos a comer castañas asadas o crudas y recorrer los panteones y tumbas viendo los crisantemos y pensamientos de seda, descomunales, que las viudas, viudos, huérfanos y sentidos familiares llevaban a sus difuntos. Eran días de recordar a los que se habían ido por la mar, por los años, por la cuerda, por una mala enfermedad, por tantas cosas, pero nadie me inclinaría a creer que aquello no era una diversión.

En los días de Difuntos se unían también los sentimientos de todos y el comunista o anarquista Sopas, mecánico, idealista y exaltado, llevaba una gran cruz de bombillitas para su madre que estaba en una especie de proa que formaban dos calles de nichos.

(...)

En Garrucha había temporadas de gran miseria. De pronto, cambiaban los vientos y se presentaba un temporal de levante. Las olas se estrellaban contra el Malecón, destrozaban los barcos y, a veces, amenazaban terriblemente a las casas de los señoritos de Cuevas y a las más modestas del barrio del Perejil. Los pescadores en-



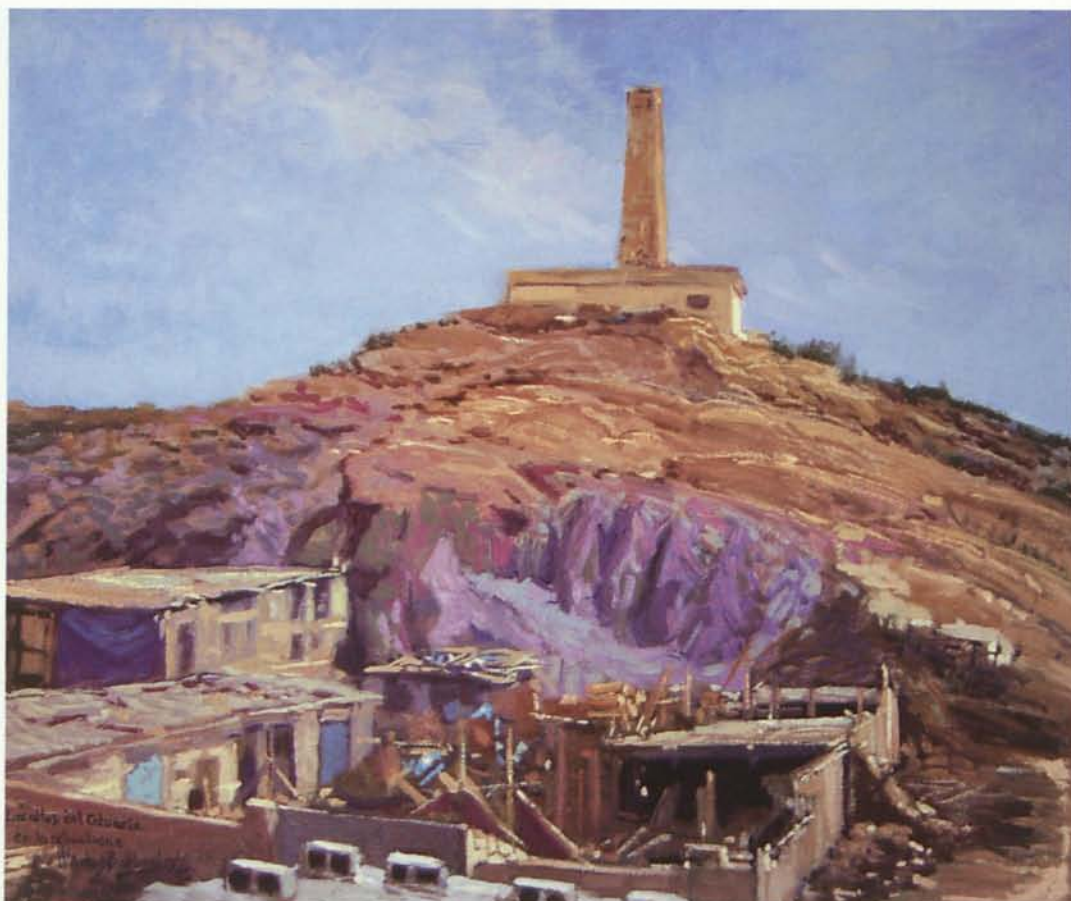
15. Otro de esos rincones marineros de la localidad que el pincel luminoso de Muñoz Barberán ha cedido a la futura contemplación: el faro viejo de Garrucha

tonces habían de estar quietos viendo el temporal desde las calles altas, en la puerta de la barbería del Colón, en la taberna de la Gurulla o sentados en las bocacalles del Malecón alto. Si duraba mucho el temporal iban a la plazuela de la casa de don Simón Fuentes y esperaban el reparto de la peseta por cabeza que les hacía este rico del pueblo de quien todos decían que había comenzado su fortuna con un carro en que traía esparto de Cuevas a Garrucha. Don Simón era hombre huesudo, de nariz gruesa aplastada, calvo, más bien alto. Le vi dos o tres veces antes de verle muerto cuando los chiquillos fuimos sudando hasta la mitad del camino de Carboneras, porque le traían de allí donde había fallecido en una finca suya. Expusieron el cadáver en el portalón de maderas talladas, junto a la cancela de hierro esmaltado de blanco y cristales grabados. Los pescadores pasaron una y otra vez ante él y toda Garrucha, incluido el hijo de la telefonista.

Quizá vino al entierro don Augusto Barcia Tréllez, un político del señorío republicano de quien

yo recordaba la perfecta raya del pantalón y los zapatos puntiagudos, brillantes. Pero no faltaría, a buen seguro, don Luis Jiménez Canga Argüelles, diputado de derechas por Almería y organizador por allí de la Acción Popular, a quien una vez oí una conferencia política en el caserón de la Marquesa de Almazora alquilado por las derechas para esa facción política de Gil Robles y donde, en un gramófono portátil, escuchamos la grabación del himno patrioter y ridículo. Sobre todo nada popular en comparación con Las Barricadas, anarquista, y la Internacional, socialista. Canga Argüelles tenía un parentesco no de sangre con don Simón. Y don Simón, como se ve, apenas tenía postura política.

Sí la tenía don José Asenjo, jefe de Aduanas y uno de los tipos más difíciles de definir. Había logrado una aureola de republicano —socialista a pesar de que no se le consigue recordar sin abrigo con adornos de piel, sombrero, cuello duro alto, sombrero y chalina—. Tenía el cabello entre rubio y blanco, rizado, los ojos azules grisáceos.



16. Los altos del Calvario y, de nuevo, la omnipresente chimenea de San Jacinto, lienzo realizado por Muñoz Barberán en 1995

*Vivía en la casa de la Aduana como se va al casti-
llo roquero y frente a su vivienda desproporcionada
a su escasa familia, encontré un día una hoja de
un periódico ilustrado con la reproducción del
autorretrato de Arnold Böcklin. Limpié de tripas
de pescado aquel tesoro, lo pegué en un cartón y
fue colgado, con todos los honores, en el depósito
de documentos viejos de Teléfonos, refugio propio
mío y laboratorio de mis modestísimos intentos ar-
tísticos. Aquel laboratorio padecía, según las in-
fluencias, mis experimentos: si el ABC dominical
traía pinturas pequeñas, yo cubría maderitas o
cartones, pero si traía reproducciones de grandes
murales, las paredes se llenaban de dibujos al car-
bón a cual más admirable. Acabadas las exiguas
paredes de la habitación me salía por las del pasi-
llo desde donde oía cantar a una muchachita que
servía en la casa del tendero de ultramarinos:*

*Qué bonita va mi Carmela, Carmela
con zapato blanco y media de seda.*

*Cada pueblo tiene una manera de cantar y
de adoptar canciones. Los músicos escriben y*

*lanzan sus cupletes —digámoslo así— que van de
acá para allá hasta que encuentran un lugar en
que, tomada carta de naturaleza, siguen viviendo
durante años, después de su muerte oficial, esto
es, luego de haber caído en desuso en el resto de
los pueblos.*

*Pero ya no es el mismo aire que escribió el
músico, sino que la gente le ha comunicado unas
características que lo deforman o lo recrean. Los
garrucheros dan un ritmo lento a las canciones y
las acompañan con palmadas rítmicas que a las
creaciones más vivas y modernas las enmasca-
ran de tristeza. También sus preferencias están
las creaciones de ritmos descendentes.*

Con el final del mes de agosto también se inte-
rumpieron sus ganas de seguir explanando unos re-
cuerdos que no eran pocos, ya que las vivencias que
mi padre era capaz de revivir, por haberlas protago-
nizado o haberlas oído relatar, eran muchas más. Una
buena muestra de esas que aún rondaban en su pro-
digiosa memoria es la conferencia que pronunciaba
en el Museo Ramón Gaya, de Murcia, en 1991, con

motivo de un hecho singular —casi providencial, diría yo, atendiendo a la profesión de mi padre— ocurrido en Garrucha en los años en que él estuvo allí: el paso por la población del Museo Circulante de *Misiones Pedagógicas*. Él sitúa sus recuerdos en 1933, aunque realmente se sabe que fue en marzo de 1934 cuando tuvo lugar la llegada de esta iniciativa cultural de la República. La impronta que dejaron estas *Misiones* en un muchacho de 13 años inclinado al mundo de la Bellas Artes, se ve adornada por un relato prolijo, cargado de consideraciones personales en honor de uno de sus protagonistas.

Los que, gracias a Dios, cumplimos años —y mis setenta están ahí ya—, vamos quedando como archivos de la memoria. Nuestra única ventaja sobre la juventud es que recordamos más. Con gusto cambiaríamos este depósito de recuerdos por la posibilidad de alcanzar alguna parte de la primera mitad del siglo XXI. Un pequeño cambio de las memorias pasadas por las vivencias futuras. Ceder la experiencia por la esperanza. El saber por el deseo, por la ilusión. Cambiar lo recibido por la promesa. Los pájaros en el aire son más bellos que el pájaro apresado.

Pero en ese trueque imposible, ¿no nos quedaríamos algo? Quiero decir que yo me quedaría, siempre, con la imagen de las Misiones Pedagógicas. Estas misiones tienen para mí una fecha: 1933. Hoy, podemos sospechar que no tendrían interés ni efectividad. Quizá. Los muchachos de las escuelas están mejor informados que entonces y pueden viajar a Barcelona, a Madrid, a Granada... Incluso pueden salir de España. Cuando yo era niño me llevaron a merendar a una diputación lorquina y fui ilusionado creyendo que aquello era un viaje. Hasta bien cumplidos los veinte años no pude conocer el Museo del Prado.

Para ponderar con cierta exactitud lo que representó la creación de «Misiones Pedagógicas» he de retratarme a mí mismo en aquellos años. En 1933 contaba 12. Calculo que cuando el museo ambulante de estas Misiones llegó a Garrucha, tendría un año más, trece. Este muchacho de trece años había visto los grandes lienzos antiguos de las iglesias. Desde pequeño había tenido ante sus ojos una reproducción de finales del XIX, en cartóné, a todo color y casi lujosamente enmarcada, de «La Vicaría», de Fortuny. Colgaba, o parecía colgar, de un recio cordón de seda cuyos extremos remataban en dos borlas bastante grandes, casi ostentosas. Eso en

el comedor. En la cocina, un lienzo pintado al óleo representando un perro que va a coger un ave herida por el cazador. También, un anuncio de fertilizantes con la «Oración del Angelus», de Millet. Cosa así como a los diez años, había reunido en cuatro o seis domingos una peseta y había comprado una Historia de la Pintura en la que incluso aparecían ya Picasso y Kokoschka. «Mujer en camisa» y «Autorretrato con Toledo al fondo». Cuando este niño se traslada a Garrucha, sólo puede llevar su Historia de la Pintura de una peseta. Se despedía del perro cazador, de la fastuosa vicaría y del latón policromado del «Angelus». También, de varios tomos de revistas ilustradas puestas en el filo de los dos siglos —de entre siglo y siglo—, que le habían traído numerosas y preciosas noticias artísticas.

En Garrucha iba a encontrar unas mil quinientas o dos mil almas alejadas, en cierto modo, de la cultura. Gentes de la mar, la mayoría. Era un pueblecito sin puerto todavía; estaba en construcción y solamente el brazo de levante avanzaba en el mar unos cincuenta metros. Una barcaza negra, de las del transporte de piedras y cemento, había sido empotrada por un temporal enorme en los riscos agresivos de la mitad de aquel brazo solamente iniciado. Podíamos entrar en ella por los boquetes, desnudarnos y dejar allí la ropa mientras nos bañábamos.

Pero los niños saben buscar, intuyen, en cualquier lugar donde se les ponga, dónde están los pequeños focos culturales, artísticos, que le interesan. Así que a poco tiempo de repartir telefonemas por el pueblo —yo era el niño de la telefonista—, sabía que en la casa del farmacéutico don Antonio Fuentes había dos grabados antiguos en el rellano de la escalera, una buena copia de Murillo, «Niñas en la ventana», en el salón de los dos balcones y ciertos paisajitos encantadores aquí y allá. En la casa de don Juan, el cura, un buen almanaque con reproducciones a todo color. En el malecón, en donde doña Marta Figueras, una pintura antigua de la Virgen con el Niño. Don Pedro Berruezo tenía un hermoso libro con reproducciones del Louvre. Y Marcos Martínez, que tenía radio y coche, poseía una biblioteca magnífica en la que abundaban Víctor Hugo y Alejandro Dumas, con los españoles de la época. Me las arreglé de manera que todos esos tesoros pasaran por mis manos.

En la iglesia sólo había una malísima pintura de las pobres ánimas. Sobre la pila bautismal un

horripilante calvario donde los rayos aparecían descritos en toda su quebrada crudeza. En la capilla de la marquesa de Almanzora, un lienzo del XVII, de la Anunciación, que me parecía precioso.

Restaban, como asideros de la cultura artística, las reproducciones, críticas y reportajes de ABC y Blanco y Negro que, desechadas por lectores del Casino, venían a mis manos por medio de un amigo camarero, de mi edad, que me las guardaba y reservaba cuando podía. Recogí en la playa una portada de «La Esfera» con Arnold Böcklin y la muerte con un violín.

Estas eran las posibilidades de cultura artística que podían encontrarse en un pueblecito de pescadores que contaba algo menos de cien años de vida y que había nacido como conjunto de fábricas de desplatación de las minas de Sierra Almagrera. Que había gozado una cierta prosperidad a principios de siglo y que en aquel momento era todo pobreza.

Las escuelas de niños, con Aula de Orientación Marítima, estaban instaladas en un antiguo hospital. Apenas tenían otro atractivo que estar situadas en la parte alta del pueblecito, frente al Puntalón, o puerto naciente y sobre... exactamente sobre las dos o tres casas de prostitución del pueblo llamadas el Cortijillo o el Cortijico.

A este pueblo, a estas desasistidas gentes, llegaba el espiritual socorro de las Misiones Pedagógicas. No en toda su estructura, sino solamente en su parte de Museo Ambulante con exposición de copias de los mejores maestros de la pintura española y conferencias dadas por los propios artistas autores de las copias; y legado a las escuelas de un depósito de grandes reproducciones fotográficas (Ruiz Vernacci) de las obras originales y cien libros con «Obras maestras de la Literatura Española».

Don Bienvenido Mesas, viejo maestro del que recuerdo principalmente cómo cogía a sus educandos por las orejas y dándoles palmadas en los carrillos les recordaba que sus madres eran excelentes personas, nos leyó solemnemente una noticia periodística, provincial, en la que se anunciaba la llegada al pueblo de las «Misiones Pedagógicas». Nos explicó en qué consistía esa visita. Yo creo que el único niño emocionado por el anuncio fui yo. Porque yo era el «telefonista, filósofo, poeta, pintor de brocha gorda», enamorado de la hija de un sargento de carabineros y de Gloria, la espigadita, y de Laura, bajita y morena, y de Lola,

la hija del maestro pala, concejal. Tenía los amores repartidos y conocidos de todos.

Las actividades de «Misiones Pedagógicas» se desarrollarían en la Caseta de Salvamento. Era, y es, un edificio cuadrado que disponía, entonces, de una sala grande regularmente iluminada en la que colgarían los cuadros y se nos darían unas conferencias. Esta caseta, a pesar de su nombre humilde, es un edificio de una sola planta, bastante grande, que tenía un alto mástil de señales en su terraza delantera, sobre el mar. También había allí un cañón de ancha boca que servía para lanzar cuerdas a los barcos en peligro. Debajo, en la línea de la arena, unas barcas y botes con salvavidas encerradas en sótano protegido por puertas de recias maderas. Las aguas del mar cercaban muchas veces esta caseta. Los levantes eran fuertes.

Llegaron los cuadros en sus cajas de madera, en sus envolturas de mantas de color oscuro y de tacto áspero. Rótulos de cartón cosidos con grandes puntos de bramante. Quisiera recordar si fue en Primavera o en Otoño. El mar tenía tonos verdes y estaba levantisco, eso ciertamente.

Fueron dispuestos los lienzos en aquella sala en un orden que me parece recordar: la «Resurrección», del Greco, a un lado de la puerta de ingreso con la «Infanta Margarita», de Velázquez. La escena de «Inquisición», de Pedro Berruguete, el «Sueño de Jacob», de Ribera, el «Retrato del Príncipe don Carlos», de Sánchez Coello. «Las hilanderas» en una de las paredes laterales. «Fusilamientos», de Goya, en la otra pared con el «Caballero de la mano en el pecho» y alguna otra pintura, quizá la «Maja vestida»... O no había más obras o, si las había, han desaparecido de mi memoria. ¿Esopo o Menipo? «El bufón con perro»? El tiempo ha puesto sombras en el recuerdo de una sala que tampoco tenía posibilidades para muchas cosas más.

Los artistas que habían realizado las copias eran: Eduardo Vicente, Juan Bonafé y Ramón Gaya, este último seguramente el más joven de los tres. Sin duda el más joven. Desde luego, jóvenes los tres. Leí sus nombres, aprendí sus nombres y los olvidé. Les recordaba con atuendos «madrileños». Gabardinas o abrigos que me parecían raros. Y no se crea que en Garrucha no se estaba acostumbrado a ver rarezas, pero un forastero, un madrileño... discantaba. Estábamos hechos a ver la figura atildadísima del diputado



17. Una escena costumbrista en el mercado de Garrucha, plasmada por Muñoz Barberán en 1995

don Augusto Barcia Tréllez al que me gustaba examinar detenidamente bajando desde el cabello blanquecino, peinadísimo, por las lentes con montura de oro, los ojos claros, la pulcra camisa, la corbata gris perfectamente anudada, la raya del pantalón, hasta el zapato con brillo rutilante parecido al del charol. Quizá los pintores y conferenciantes de "Misiones Pedagógicas" eran mirados por los muchachitos de la escuela como seres extraordinarios, no comunes, que arribaban con encargos superiores maravillosos. Las gabardinas de ellos no podían ser como las de Juan de Aro y Marcos Martínez, por ejemplo. Eran... más distinguidas.

Nos hablaron ante los cuadros. De su sentido histórico, espiritual, de su técnica... Nos dijeron muchas cosas que olvidamos pronto. Quedaba la imagen, la imagen nítida, clarísima, de lo que era en realidad un cuadro. Un cuadro bueno.

Habíamos conocido a Velázquez, a Murillo, a Ribera, a Berruguete, a Goya, a través de las palabras de aquellos jóvenes artistas y, principalmente, a través de las copias realizadas por ellos. Los lienzos que veíamos eran, en parte, nuevo mensaje lan-

zado por pinceles nuevos. La comparación que voy a proponer es desmesurada, algo errónea. Recordemos a Tiziano copiado por Rubens, a Van Dyck por Vicente López, o a Velázquez copiado por Goya. Los tres traen a su modo de pintar y de entender la pintura a los maestros copiados. Es imposible confundir las copias con los originales. En el caso de "Misiones Pedagógicas" las copias pretendían fidelidad. Fidelidad absoluta puesto que habían de servir para un fin pedagógico. Estoy seguro de que el espíritu de cada uno de los copistas se dejaba ver en las copias que hizo. Que no había esa total fidelidad, por lo demás imposible, que si se consigue aproximadamente, da a las copias una dureza bastante notable. Algunos copistas del Prado parecen gozarse en llevar sus casas resquebrajadas y suciedades del original. Son como fieles servidores que no pueden permitirse hablar con sinceridad con los señores, cambiar ideas con ellos, incluso oponer maneras de sentir.

Pues yo, el chiquillo de la telefonista, estaba enloquecido con el Museo de las "Misiones Pedagógicas". Se me ocurrió, cómo no, hacer una copia secreta de "Las hilanderas", creo. Sirvién-

dome de mi Historia de la Pintura de una peseta, amplié en un papelote barba el dibujo de este cuadro. Después, comencé una serie de viajes presurosos a la Caseta de Salvamento. Volvía con la idea del color y trataba de llevarlo a mi papelote. Mis amigos se rieron de mí durante dos o tres semanas; mientras recordaron aquello.

Es facilísimo conocer —especialmente nosotros— las obras de aquellos tres pintores jóvenes entonces, cuando su labor en “Misiones Pedagógicas”. En Orihuela está el “Cristo entre los leprosos” o “El bautismo de Cristo”, de Eduardo Vicente. Acuarelas y óleos de Juan Bonafé hay en Murcia con abundancia. De Ramón Gaya, lo mejor de su obra.

Mi primer contacto posterior con Eduardo Vicente fue en Orihuela, cuando pintaba el gran lienzo de los “Leprosos” y hacía un retrato del obispo Almarcha. Este retrato no era el retrato clásico de un prelado; era un cura que escribe en su despacho, no muy caracterizado, por cierto, como despacho de un obispo. Yo estaba pintando el retrato de un canónigo magistral cargado de carmines y armiños. Sentí bastante vergüenza.

Conocí después a Juan Bonafé. Visité con él el Museo del Prado y el de Arte Moderno. Le vi tender las manos, como para calentarse, hacia una escultura novísima, y también hacer el gesto de lavar ropa sobre las costillas de un desnudo masculino casi funerario. Seguía yo sin saber que él y Vicente eran aquellos jóvenes de las “Misiones Pedagógicas” en Garrucha. Esto lo supe, lo volví a saber, cuando leí una biografía de Ramón Gaya. Bonafé y Vicente ya habían muerto, no necesariamente por exceso de edad. Quedaba sólo uno de los pintores a quien darle las gracias por aquel mensaje espléndido recibido de ellos en mi niñez.

Consecuencia de esta hermosa visita, como de Reyes Magos de Oriente, fue el espléndido reparto, por las salas de la escuela, de aquellas hermosas reproducciones fotográficas de lienzos del Prado que yo no me cansaba de mirar a diario, con auténtica obsesión. Don Bienvenido Mesas me sorprendió dibujando la “Resurrección” del Greco. Me advirtió que el pie de cada una de las reproducciones aparecía un letrerito que decía: “Ruiz Vernacci. Prohibida la reproducción”. Así que... menos dibujar, amiguito. En cambio, llevó de su casa un gran libro de grabados del XIX y me hizo copiar escrupulosamente la “Santa Cecilia” de Rafael que después mandó a Almería para que me dieran una beca para no sé qué. No hubo respuesta, claro está. Fi-

gúrense: yo mandaba dibujos al ABC para que me los publicaran. Tampoco me hacían caso alguno.

Lo que sí fue magnífico, podernos llevar a casa una novela de Azorín, de Pío Baroja, de Ramón Pérez de Ayala, obras del infante Juan Manuel, de Quevedo, de Cervantes... Y el tiempo coincidió con algunos cambios agradables: en la escuela habíamos cantado “La hora de la salida / acaba de sonar / adiós, clase querida, / nos vamos a marchar. / Mañana las lecciones / muy bien aprenderé / y a la escuela querida / contento volveré... / Volveré, volveré, compañeros, volveré.” Comenzamos a cantar, a empujones de más jóvenes maestros, “Ya se van los pastores / a la Extremadura / ya se queda la sierra / triste y oscura...” O “Eres buena moza, sí, / cuando por la calle vas...”. Era otra cosa... menos comprometida, más alegre.

Nadie recuerda ya aquellas “Misiones Pedagógicas”. Mis compañeros de escuela apenas si pueden hablar de ellas. No hay constancia en libros de historia, en enciclopedias. No se cansen en buscar referencias. Yo lo he hecho inútilmente.

Para mi ocasión estupenda pasado más de medio siglo —medio siglo, Ramón Gaya!— dedicar este recuerdo a una que me parece formidable experiencia de casi mi niñez. Y hacerlo ante uno de sus más principales protagonistas.

Gracias, Ramón Gaya, por aquellas hermosas copias, por las fotografías, por los libros y por las nuevas canciones, si es que también llevasteis música y letra de ellas.

Mi padre escribió sobre Garrucha todo cuanto recordaba y pintó su paisaje una y otra vez, haciendo incluso recreaciones de memoria de calles y edificios que habían desaparecido o se habían transformado hasta volverse irreconocibles. Además, expuso allí en alguna ocasión y las visitas veraniegas al pueblo, desplazándose desde su casa de Águilas, fueron constantes en los últimos veinte años. Yo lo acompañaba la última vez cuando, con 85 años, con una movilidad muy limitada y una cabeza ya imprecisa, estuvo sentado en el paseo en un atardecer agobiante por el intenso tráfico y la multitud de personas que se agolpaban en los puestos callejeros. Esa es, afortunadamente, la Garrucha de hoy. Mi padre buscaba otra cosa, otro tiempo, y tuve la sensación de que, más allá de sus entonces escasas facultades, allí ya no se sentía cómodo, no era capaz de reconocerse. Casi todos sus amigos habían muerto y, también, con ellos, aquella infancia de la que su enfermedad había hecho jirones.